



Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

La computadora

La periodista Brigitte Montfort es enviada a Ciudad Cabero, capital de Unión Liberta (País sudamericano imaginario), para escribir un reportaje sobre una computadora de fabricación rusa, que será utilizada como proveedora de datos en el sumario emprendido contra el Presidente del país, Renato Madrigal.



Lou Carrigan

La computadora

Brigitte en acción - 205

Archivo Secreto - 197

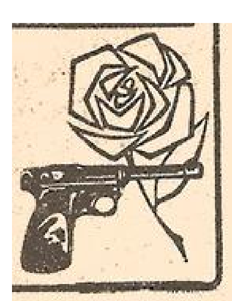
ePub r1.1
Titivillus 29.03.2020

Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1







ARCHIVO SECRETO

Brigitte

EN ACCION



Capítulo primero

Desde la sombreada terraza se veía muy bien la pista de tenis, y en consecuencia a los dos jugadores que estaban dirimiendo el último juego, y por tanto, el *set* y el *match*.

Eran un hombre y una mujer, y como es lógico, la pelota iba de una a otro alternativamente; también por lo tanto parecía lógico que el grupo de hombres acomodados en la terraza fuesen mirando de uno a otro jugador, siguiendo la trayectoria de la pelota… Pues no. No hacían esto, sino que todos los ojos estaban fijos exclusivamente en la muchacha, que precisamente en aquel momento se disponía a sacar su primera *matchball*.

—Qué maravilla —dijo uno de los hombres.

—Es sensacional, sensacional —dijo otro.

—¡Qué estilo! —exclamó otro.

—¡Qué gracia, qué encanto, qué bella imagen! —suspiró el cuarto espectador.

—Jamás he visto nada igual.

—Ni yo.

—¿Y decís que está soltera?

—Solterísima.

—¡Ajajá…!

—¿Qué quieres decir con ese ¡ajajá!?

—Hombre… Quiero decir que como yo también estoy soltero, pues…

—Olvídalo. A esa chica no la caza nadie.

—No estoy hablando de caza, sino de matrimonio.

—Pues eso: que no se casa.

—Yo creo…

—Callaos, callaos —intervino otro—: ahí va el saque.

Todos los reunidos en la terraza miraron hacia la muchacha.

Esta se había colocado adecuadamente, mirando hacia un lado de la pista. Flexionó la pierna izquierda ligeramente, un poco más la derecha, echó el brazo derecho hacia atrás, tiró la pelota al aire, giró hacia su izquierda sobre la punta de este pie, movió con fuerza el brazo derecho… *¡Chack!*, se oyó el impacto de las cuerdas de la raqueta contra la pelota…, y ésta salió disparada como un blanco meteoro, pasó por encima de la red, dio en un ángulo del cuadro de recepción y se perdió hacia el fondo de la pista, dejando clavado en el suelo al oponente masculino.

—*Ace* —dijo uno de los espectadores—. Ha ganado a Bob, nada menos.

—¡Ah…! ¿Está jugando con Bob?

—Yo tampoco había visto a Bob —rió otro.

—Ya vienen… ¡Qué piernas!

—Y fijaos qué cintura, qué caderas…

—¿Y los brazos? ¡Son perfectos!

—¿Qué me decís de los hombros y el cuello?

—¿Y las manos? —apuntó otro—. ¡Tiene manos de reina!

—Es que fue reina una vez —recordó otro.

—Inevitable.

—Fijaos…, fijaos cómo camina. Es la gracia convertida en ser humano. ¡Y qué sonrisa…! Apuesto que a Bob no le ha importado perder.

—Y qué ojos… Nunca había visto unos ojos como los de esa muchacha: tranquilos, grandes, azules, bellísimos… Aunque no sé si me gustan más los ojos o la boca…

—En cuanto a mí, me quedaría con todo. Es la mujer más maravillosa que he conocido. Con esos ojos, ese cabello tan largo y tan negro… Tiene aspecto de ninfa.

—Las piernas son una sensación —insistió el de antes.

—Y las caderas.

—Pues en cuanto al busto…

—Los labios, los labios…, Besarla tiene que ser algo así como morirse de felicidad.

—Es una mujer espléndida.

—Es sensacional, magnífica, indescriptible.

—Si yo pudiera…

—Atención, que está muy cerca: puede oímos.

El llamado Bob llegó junto a sus amigos, acompañado de la muchacha que acababa de vencerle, y que sonreía con una encantadora malicia, que hizo pensar a los espectadores que los había oído. Claro que no podía ser, porque a aquella distancia…

—¡Bueno! —suspiró ella—. Ya hemos terminado de jugar, así que podremos trabajar.

Todos los espectadores comenzaron a felicitarla a la vez y a estrecharle la mano, disputándose los primeros lugares en conseguir esto. Era una manita más bien pequeña, delicada, que parecía de seda y de oro, como todo su cuerpo, que brillaba debido a la ligera capa de sudor.

—Sensacional, señorita Montfort, sensacional.

—Un partido formidable.

—Ha estado usted genial, señorita Montfort.

—Parece imposible que con estas manitas pueda manejar la raqueta con tanta fuerza…

—Encantadora lección de tenis. Quizá mañana aceptaría usted…

—Un momento: ¡yo se lo pedí antes!

—¡Fui yo quien…!

—¡Caballeros, caballeros! —rió la divina criatura de los ojos azules—. Por orden. Además, no sé cuándo podré volver a aceptar la invitación de Bob para venir a su club. Suelo estar muy ocupada.

—¡Oh!; pero siempre hay tiempo para acudir a un lugar donde se nos recibe bien —protestó otro caballero.

—Sin duda. Y lo tendré presente. Aunque me temo que mi presencia los perturba bastante: ¿no piensan jugar su partido?

—¡Oh, sí…! Pero de momento hemos preferido contemplar el de usted y Bob.

—¿De veras? Pues, me han parecido un tanto distraídos: no seguían con el suficiente interés la trayectoria de la pelota. Supongo que ha sido debido a su interesante conversación. Al menos, me ha parecido que su conversación era interesante. ¿De qué hablaban?

—Pues…

—Ya saben que soy periodista, y por lo tanto, muy curiosa —la señorita Montfort sonrió angelicalmente—. Pero si mi pregunta es indiscreta, por favor, no la contesten.

—Bueno, no hay inconveniente: hablábamos de… política.

—Sí, sí —corroboraron los demás—: de política.

—Interesante tema. Luego cambiaremos impresiones. Ahora, si me lo permiten, iré a ducharme: detesto los resfriados.

—¡Ojalá se resfríe! —exclamó uno de los espectadores.

—¿Cómo dice usted? —se sorprendió ella.

—Es que soy médico…

La señorita Brigitte Montfort soltó una deliciosísima carcajada, saludó con la raqueta, y se dirigió hacia los vestuarios femeninos, caminan con tal gracia que todos los hombres quedaron silenciosos, mirándola, boquiabiertos, hasta que uno de ellos suspiró:

—Es divina.

Y de pronto, todos miraron a Bob, que sonreía.

—¿Y se puede saber por qué no la habías invitado hasta ahora, tú? —gruñó uno.

—La he invitado centenares de veces —aseguró Bob—, pero es verdad que siempre está muy ocupada. Como sabéis, es la periodista de más nombre de América, y…

—¡Bueno! —bufó otro—. ¡Ahora nos vas a explicar quién es en el periodismo Brigitte Bierrenbach Montfort…! Eso ya lo sabemos todos: internacional, Premio Pulitzer… ¡Caramba, realmente, es una mujer excepcional! Y te diré una cosa: yo estaba convencido de que Brigitte Montfort era una especie de… cactus.

—¿Cómo, un cactus? —respingó Bob.

—Que pinchaba, vamos. Una mujer tan famosa, tan hermosa, tan… tan… ¡Pero es encantadora!

—Es una criatura deliciosa.

—Es un ángel.

—Cuando sonríe, me siento mejor que nunca.

—¡Y qué ojos!

—¡Ay…, quién fuese agua!

—¿Qué…?

—Hombre, ella se está duchando, ¿no?

—Es cierto. Y yo quisiera…

Los entusiasmadísimos socios del club de tenis alzaron la cabeza al oír el rumor, y, en efecto, vieron un helicóptero acercándose a los terrenos del club. Acercándose y descendiendo… Y a medida que descendía, se iban viendo en la panza del aparato las letras pintadas en azul con reborde blanco: Morning News.

—Vaya —refunfuñó Bob—. Es uno de los helicópteros de su

periódico.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Pues que vienen a buscarla, me apostaría algo.

—¡Eso es una jugada sucia! ¡Queremos que se quede! Y tú tienes que conseguirlo.

—Lo intentaré —dijo Bob—, pero si el asunto es interesante, olvidaros de ella hasta nueva fecha: es una profesional muy consciente.

—Si se la llevan, dejaré de comprar el *Morning* —aseguró uno de sus amigos.

Mientras tanto, el helicóptero había descendido a un lado de las pistas, sobre el césped. Un hombre saltó a éste, y miró a todos lados. Luego, se encaminó hacia el edificio social, con paso largo, elástico... Era un sujeto muy alto, de hombros anchísimos, un auténtico coloso de cabellos rizados y atuendo deportivo, que lucía una larga y frondosa barba.

—Vaya tipo —murmuró uno—. Espero que no sea su novio: parece capaz de partir en dos un roble con un solo puñetazo. Desde luego, no me gustaría vérmelas con él.

—Juraría que lo conozco —murmuró Bob—. Hay algo familiar en él... No sé. Bueno, tendré que ir a ver si viene buscando a Brigitte... Ya vuelvo.

Bob se acercó al atlético sujeto, abordándolo ya cerca del edificio social. El otro le saludó alzando el brazo a estilo indio, y en seguida, la carcajada de Bob llegó hasta ellos. Estuvo con el barbudo unos segundos, y luego emprendió el regreso a la terraza, riendo, ante la perplejidad de sus amigos.

Mientras tanto, el barbudo seguía su marcha hacia el edificio social, ante el cual, finalmente, se detuvo. Encendió un cigarrillo, se sentó en uno de los bancos, y se dispuso a esperar...

Diez minutos más tarde, aparecía la señorita Montfort, ya vestida de calle, llevando su bolsita deportiva en la mano izquierda. El barbudo se puso en pie, miró a todos lados, y se acercó a la bellísima periodista.

—¿Señorita Montfort? —mascullló.

Ella le miró, abrió mucho los ojos y la boca en gesto de pasmo, y finalmente frunció el ceño.

—Sí, en efecto —asintió.

—Soy el agente secreto XAPMRDD-5286363534-MJKLATH-22-35-HSHSGD-11111-VIVAK, de las Lunas de Júpiter.

—¡Ah…! Mucho gusto, señor… todo eso.

—Usted puede llamarme XA, simplemente.

—Menos mal. ¿Qué se le ofrece, señor XA?

—Bueno… Tengo entendido que es usted, además de la periodista más famosa del mundo, una eficacísima espía a la que, en su ambiente, llaman Baby todos los espías del mundo.

—Cierto. Absolutamente cierto. Soy Baby, señor XA: la espía más hermosa y peligrosa del mundo. Pero —Brigitte miró a todos lados con visible inquietud—, por favor, seamos discretos. Puede ser peligroso para mí que nos vean juntos, colega.

—En tal caso, vayamos a mi helicóptero. Y no tema, no se trata de ninguna trampa.

—Nunca he confiado en nadie… ¿Por qué tendría que confiar en usted?

—Porque la vida de cíen mil tortugas dependen de la ayuda que usted pueda prestar a mi país. La necesitamos en Lunas de Júpiter —el barbudo llamado XA y algo más la tomó del brazo, tras aligerarla del peso de la bolsa deportiva, y se dirigieron hacia el helicóptero—. Sin usted, estamos perdidos.

—En ese caso, pueden contar con mi ayuda. ¿De qué se trata?

—Pues verá: como usted sabe, en Luna Júpiter hay muchas tortugas, que son la base de nuestra economía nacional. Últimamente, nuestros enemigos están envenenando nuestras tortugas.

—Terrible situación —murmuró Brigitte Montfort—. ¿Saben ya qué procedimientos siguen sus enemigos para envenenar las tortugas?

—Sí: las hacen correr. Las hacen correr tanto, que los pobres bichos no pueden asimilar el exceso de oxígeno recibido por la velocidad de la marcha, y entonces, ¡paf!, van y se mueren.

—Angustioso problema. ¿Es suyo el helicóptero?

—Sssst —la miró con alarma XA—: es robado.

—Es usted un espía muy eficiente. Y según entiendo, no es usted terrestre.

—¿Cree usted que soy marítimo?

—Quiero decir que usted es lo que llaman un alienígena. Un ser

del espacio, vamos.

—¡Ah, sí…! Por supuesto. Pero he adquirido unos grandísimos poderes que me permiten adaptarme a todos los planetas y sus formas de vida: la metamorfosis, para mí, es un juego de niños.

—Admirable. ¿Y cuál es su verdadero aspecto?

—Soy monstruoso, según el punto de vista de ustedes, los terráqueos: tengo quinientos pares de ojos, seis estómagos, treinta cabezas, quinientas manos, y doce narices.

—Entonces es usted lo que aquí llamamos un narigudo.

—¿Está usted intentando ofenderme? —masculló XA.

—¡No, no, por Dios…! —Brigitte se volvió hacia la terraza y saludó en gesto de despedida con un brazo—. Ya me he despedido de mis amigos terráqueos, así que podemos partir en su helicóptero espacial cuando guste.

—Pues que sea ahora mismo, bella terráquea.

Subieron los dos al helicóptero, y el barbudo lo puso en marcha. Segundos después, se elevaban, alejándose del club de tenis. XA chascó los dedos, miró hacia el confín del cielo, y dijo:

—Atención, Luna Júpiter: allá vamos.

—¿Cree que lo habrán oído? —se sorprendió Brigitte.

—Seguro. Mi voz actúa por medio de una sustancia que se adhiere a las microondas que emiten las estrellas, las cuales hacen de repetidores, enviando el mensaje a una velocidad cien veces superior a la de la luz.

—Pues eso le iría muy mal a sus tortugas.

El barbudo XA se echó a reír, congestionándose. Brigitte sonrió, le arrancó la barba postiza de un tirón, y le dio unas palmaditas en la espalda.

—Tranquilo —dijo—. En la Tierra tenemos antiespasmódicos muy bien logrados: bastará que usted se beba un par de botellas de mercurio para que se sienta estupendamente, señor XA.

—Eres… colosal —hipó el ex barbudo—. ¡Colosal!

—Y tú eres un payaso, Frankie —frunció el ceño la espía más peligrosa del mundo.

—No me llamo Frankie —negó riendo el sujeto—: me llamo XA…

—Te llamas Frank Minello, trabajas como jefe de la Sección Deportiva del *Morning News* conmigo desde hace un montón de

años, y eres mi mejor amigo… y un payaso —cortó Brigitte—. ¿A qué viene toda esta tontería?

Frank Minello, el inefable amigo de la divina espía, chascó dos dedos, y dijo:

—Atención, Luna Júpiter: la espía terráquea acaba de descubrir mi verdadera personalidad. Estoy en peligro. Cambio y espero ayuda.

—Me parece que nadie va a ayudarte si no te explicas, tonto —rió Brigitte—: soy capaz de tirarte del helicóptero.

—¿A que no? —la miró desafiante Minello.

—De acuerdo: no lo haré. Frankie, ¿qué ocurre?

—Bueno, dejaremos el asunto de los envenenamientos de tortugas para otra ocasión —suspiró él—: tienes que tomar el avión.

—¿Te envía tío Charlie? —se sorprendió Brigitte.

—No… ¡No! Yo no querría tratos con ese cuervo comedor de carroña que dirige el Sector de la CIA en Nueva York y que por lo tanto es tu jefe. No. Esta vez, tendrás que hacer un viaje periodístico, eso es todo.

—¿Adónde?

—A Unión Liberta. Supongo que has comprendido ya que el viaje se lo debes a nuestro jefe, el ogro número uno del mundo.

Brigitte asintió con la cabeza, con expresión preocupada.

—¿Por qué me envía allá el ogro número…, ¡oh!, quiero decir, Miky Grogan?

—Pues Miky Grogan, nuestro tiránico jefe periodístico, quiere que… Oye, ¡no me digas que no sabes lo que está ocurriendo en Unión Liberta!

—Lo sé perfectamente.

—¿Incluso lo de la máquina computadora que Rusia ha enviado a la capital, Ciudad Cabero?

—Claro.

—Pues eso.

—No entiendo nada.

—Yo tampoco. Grogan me ha dado un sobre para ti, y me ha dicho que cuando veas su contenido, tú sabrás a qué atenerte, y que no necesitarás ninguna explicación por mi parte.

—¿Tienes un sobre para mí?

Frank Minello lo sacó de un bolsillo interior y se lo tendió. La

espía sacó su contenido: un pasaje de la Panam para el vuelo 404, Nueva York-Ciudad Cabero, y la fotografía de un hombre, recortada de un periódico junto con una breve semblanza respecto a la personalidad del sujeto:

> *«Este es Ben Martins, el hombre que ha sido seleccionado por los gobernantes de Unión Liberta para manejar la computadora de fabricación rusa que va a ser utilizada en Ciudad Cabero como proveedora de datos en el sumario emprendido en esta capital contra el presidente del país, señor Renato Madrigal. Ben Martins, experto en manejos de cerebros electrónicos, uno de los más importantes técnicos de la C. C. de la ciudad de Pittsburg, emprenderá viaje mañana hacia Unión Liberta».*

—¿Qué? —se interesó Minello—. ¿Estás en órbita sobre el asunto?

—Más o menos —murmuró Brigitte—. Pero no me gusta.

—¿El qué? ¿Te refieres a ese sujeto?

La divina espía dedicó su atención a la fotografía. No era muy buena, ciertamente, pero a ella le bastaba para al menos conocer, en su aspecto físico, a Ben Martins. Era un hombre que podía tener treinta y cinco o cuarenta años, con lentes, rostro delgado, mirada triste, boca delgada, con un gesto de fatiga… Insignificante, en suma, si no hubiese sido por su frente en verdad notable: ancha, alta, despejada… Una frente que sugería sin la menor duda una gran inteligencia.

—No… No me refiero a Ben Martins, Frankie.

—¿Pues a qué?

—A todo… A todo ese sucio, repugnante asunto que esta siendo aireado en Unión Liberta.

Entonces, ¿te niegas a ir allá? Mira, yo tengo instrucciones del ogro para llevarte al aeropuerto, donde supongo que Peggy te habrá llevado ya el equipaje, pero si prefieres quedarte conmigo en Nueva York te invito a almorzar. Y a cenar. Y a… ¿no?

La pregunta la hizo Minello porque Brigitte estaba moviendo negativamente la cabeza.

—No Frankie —murmuró ella—. No puedo hacerle eso a Miky.

Él espera de mí un buen reportaje periodístico.

—¡Que se fastidie! Además, puede enviar a otro, ¿no?

—Sí. Pero él me ha elegido a mí. Y no quisiera ser la causa de que su úlcera empeorase.

—Eres muy considerada con ese negrero —masculló Minello—. Pero, en fin, allá tú. Desde luego, de una cosa puedes estar segura: en ese país se han cubierto todos de porquería hasta el cuello. Y digo porquería porque no quiero utilizar la verdadera palabra en tu presencia.

—Pero la entiendo. Y huele muy mal. Todo huele muy mal en Unión Liberta.

—Habría, que tirar de la cadena.

—No seas vulgar, Frankie —riñó Brigitte—, ¡dale más velocidad a tu nave espacial! No quisiera perderme el vuelo 404 de la Panam.

—Hay otros vuelos.

—Sí, pero no llevarán los mismos pasajeros.

Capítulo II

Los pasajeros del vuelo 404 de la Panam procedieron a desabrocharse los cinturones, y algunos se apresuraron a encender cigarrillos, ya tranquilizados todos respecto al despegue, que se había efectuado sin novedad. El avión haría escala en Miami a las cinco de la tarde, y reanudaría el vuelo quince minutos más tarde para llegar al aeropuerto internacional de Ciudad Cabero, en Unión Liberta, a las nueve de la noche.

Para Brigitte Montfort, aquél era un viaje más. Había dado varias veces la vuelta al mundo, había estado en todas partes, había viajado en todos los medios de transporte… Incluso había cabalgado en llama. Lo cual, sin duda, le había resultado mucho más incómodo que su mullido sillón de la clase de lujo en el formidable reactor que volaba ya hacia el Sur.

A las cinco de la tarde, en efecto, se efectuaba la escala en Miami. Poco después, se reanudaba el vuelo, ya sin más escalas hasta Ciudad Cabero. Para entonces, con exquisita discreción, Brigitte Montfort se había asegurado de que la persona que le interesaba continuaba en el aparato, dispuesta a hacer el viaje de una sola vez.

Con una seña, la espía llamó a una de las azafatas, y le pidió papel y bolígrafo. Cuando se le sirvió lo pedido, escribió una nota, que dobló en cuatro y la tendió a la azafata:

«¿Sería usted tan amable de invitarme a un whisky*?».*

—El señor Ben Martins viaja en primera clase. ¿Quiere enviarle esta nota, por favor?

—Se la llevaré yo misma, señorita Montfort.

—Muchas gracias.

La azafata partió a cumplir el encargo, y Brigitte se dirigió hacia

el bar, donde algunos pasajeros habían decidido ya antes que ella amenizar el viaje con unos tragos. Ocupó un extremo del pequeño diván corrido y apenas había encendido un cigarrillo cuando ya tenía ante ella al camarero.

—Dos *whiskys* con hielo, por favor.

—En seguida, señorita.

Casi llegaron al mismo tiempo los *whiskys* y Ben Martins, con ligera ventaja para los primeros. Brigitte estaba bebiendo el primer sorbito cuando lo vio aparecer en el bar, mirando a su alrededor. La vio, alzó las cejas y se acercó tímidamente. En persona resultaba un tanto más atractivo que en la fotografía del periódico, pero seguía siendo un hombre menudo, flaco, insignificante por completo…, excepto por la frente.

—Perdón —murmuró—. ¿Es usted…?

—Sí, señor Martins —sonrió Brigitte—. Por favor, siéntese. Me he permitido ya pedir para los dos.

—Gracias. —Ben Martins se sentó, fijos en ella sus ojos, apagados, como cansados—. Me parece que no nos conocemos, ¿verdad?

—Yo a usted, sí. Ha aparecido en los periódicos.

—Sí, ya… Me han convertido, de pronto, en una persona… importante. Hasta ahora, no había tenido ocasión de ser objeto de interés por parte de la prensa. Entiendo que ha visto usted mi fotografía en algún periódico, claro.

—Así es. Yo también soy periodista, señor Martins.

—¡Ah! ¿Va a hacerme preguntas?

—Si no le molesta…

Martins encogió los hombros.

—He dicho ya a la prensa todo lo que tenía que decir, pero usted está haciendo su trabajo, así que no seré yo quien la perjudique con negativas. Además —sonrió—, me encanta invitar a *whisky* a una muchacha tan bonita, señorita…

—Montfort. Brigitte Montfort. Es usted muy amable.

Una luz más viva había aparecido en los ojos de Ben Martins al escuchar el nombre de la periodista. Abrió la boca, frunció el ceño y sonrió de nuevo.

—Iba a preguntar una tontería: naturalmente, sólo hay una Brigitte Montfort en Estados Unidos.

—Espero que si —rió Brigitte.

—He leído muchos artículos de usted. Y considerando su categoría, presiento que yo debería sentirme honrado de ser entrevistado por usted.

—Muchísimas gracias —volvió a reír Brigitte—. Pero no hay que exagerar, señor Martins. Yo soy solamente la periodista: el personaje es usted.

—De acuerdo. Contestaré a sus preguntas en todo lo que pueda y sepa. Prepare su libreta de…

—No necesito tomar notas. ¿Sabe usted, señor Martins? Yo también tengo una computadora —se tocó la frente con un dedito— aquí dentro. Y esa computadora me está diciendo ahora que usted no es norteamericano. Se le nota un cierto acento que…

—Es usted la primera en notarlo. Y en efecto, no soy norteamericano. Soy de Unión Liberta.

—¡Oh! Pero su nombre…

—Mi verdadero nombre es Benemérito Martínez. Lo disfracé con el de Ben Martins hace años, cuando llegué a Estados Unidos. Es un dato que hasta ahora no había conseguido la prensa.

—Entiendo. Y comprendo ahora que le hayan llamado. Me extrañaba que su Gobierno hubiese recurrido a un norteamericano para manejar esa computadora. Ahora se explica la elección, claro. ¿Puedo ser sincera con usted?

—Naturalmente —se asombró Martins.

—Ese nombre…, Benemérito…, ¡es horrible!

—Estamos de acuerdo. ¿De verdad no piensa tomar notas?

—De verdad.

—¿Quizá está grabando la conversación?

—Tampoco. Ya le he dicho que tengo una pequeña computadora aquí dentro —volvió a tocarse la frente.

—Ningún cerebro humano puede compararse a una computadora, aunque ese cerebro sea tan brillante como el suyo, señorita Montfort.

—Querrá usted decir —contradijo ella, suavemente— que ninguna computadora puede compararse a un cerebro humano…, por muy brillante que sea la computadora.

Benemérito Martínez frunció el ceño, y durante unos segundos estuvo contemplando muy atentamente a la periodista.

—¿Está usted diciéndome, quizá, que no cree en las computadoras o que…?

—No, no, por favor… ¡Soy una admiradora de cualquier clase de adelanto técnico, científico, humano…! Para mí, una computadora es algo admirable…, pero no más admirable que los hombres que las han inventado.

—¡Un punto a su favor! —rió Martins—. Sin embargo, tendrá usted que admitir que las máquinas han superado a los hombres.

—¿Sí? —abrió mucho los ojos Brigitte—. ¿En qué?

—¡Oh, pues…! Bueno, llevando las cosas a un terreno muy simple, podemos poner el ejemplo de las operaciones matemáticas: una computadora le resuelve en pocos segundos un trabajo que tendría ocupados a una docena de hombres durante varios días.

—Eso es cierto —admitió Brigitte—. Y hasta aquí, el empleo de las máquinas me parece digno de la inteligencia humana: hay que conseguir siempre el máximo resultado con el mínimo esfuerzo. O como dicen los japoneses: *sei ryoku zen yo*.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Ya se lo he dicho: el mejor empleo de la energía humana. Es una de las posturas más importantes para el judo. Postura mental, no física, se entiende.

—Muy interesante. ¿Practica usted el judo?

—Un poco… Cuando dispongo de tiempo. Y últimamente no dispongo del que quisiera. Volviendo a la máquina, señor Martins: ¿cree usted que puede solucionarles los problemas a los implicados en el asunto de su país?

Benemérito Martínez quedó pensativo durante unos segundos, fruncido el ceño, fija la mirada en el *whisky*.

—¿Puedo yo hacerle otra pregunta antes de darle una respuesta a la suya?

—Por supuesto.

—Bien, ¿cómo ve usted esos… problemas de mi país? ¿Qué conclusiones ha obtenido sobre ese desagradable asunto… y qué sabe usted de él exactamente?

—Eso es una triple pregunta —sonrió Brigitte—, pero creo que podré ir desarrollando adecuadamente mis respuestas. Siempre y cuando usted me asegure que no va a molestarse conmigo.

Martins se asombró mucho.

—¿Por qué habría de molestarme con usted? —rechazó.

—Bien. Mis palabras no van a ser agradables, me temo. Sin embargo, insisto en que no obedecen a una actitud personal, sino a la información estrictamente periodística que he ido obteniendo hasta ahora.

—Comprendido eso. Pero… ¿qué quiere decir con eso de *información periodística*? ¿Acaso podría obtenerse alguna otra clase de información?

—La de los servicios secretos, supongo.

—¡Caramba! ¿Tiene usted acceso a esa clase de informaciones?

—Podría tenerlo —volvió a sonreír la espía más audaz del mundo.

—En ese caso —sonrió Martins—, está usted perdiendo el tiempo conmigo, ¿no le parece?

—Yo nunca pierdo el tiempo —aseguró Brigitte—. Bien, le diré lo que yo sé hasta el momento de todo ese asunto que ha sido calificado como el más sucio en política de todos los tiempos.

—Son palabras muy duras.

—Ya le he dicho que no reflejan mi opinión personal, sino las conclusiones de otras fuentes de información. Veamos: próximas a celebrarse en su país las elecciones para nuevo presidente, sobre el actual, el señor Renato Madrigal, han caído toda una serie de acusaciones por corrupción que abarcan desde el espionaje electoral por medios en verdad… censurables, hasta la apropiación de fondos de la campaña, concesiones a empresas a cambio de su influencia en las urnas, privilegios arancelarios a países extranjeros para que presionen, con todos sus medios, a su favor…, y cosas por el estilo. El cúmulo de todas estas acusaciones ha convertido al señor Madrigal poco menos que en una víctima de la campaña. Si yo fuese aficionada a hacer apuestas, no apostaría ni un centavo a favor de la reelección del señor Madrigal para el próximo mandato.

—Todavía no han sido probadas todas esas acusaciones sobre el presidente Madrigal.

—Ya lo sé. Y además, al mismo tiempo, el partido político del señor Madrigal se ha revuelto furiosamente contra el otro candidato, el señor Gervasio Soto, acusándolo de traición a la patria en sus deseos de ser elegido presidente. Esas acusaciones implican, entre otras cosas, la compra adelantada de unos cuantos miles de

votos a su favor, calumnias contra el actual presidente, contactos con Rusia que podrían significar una sumisión de Unión Liberta al comunismo, promesas desorbitadas a importantes personajes de gran influencia electoral. Como ha dicho un amigo mío esta misma mañana, ambos candidatos y las personas que los rodean y apoyan se han cubierto de porquería hasta el cuello… Al menos, eso es lo que se dice. No yo, insisto, sino la prensa de todo el mundo, que, naturalmente, está pendiente de los acontecimientos en Unión Liberta.

—Con cierto regocijo perverso.

—Eso es muy posible. Bueno, ya le he dicho lo que yo sé del asunto. ¿Estoy bien informada?

—No cabe duda, al menos, de que está usted al corriente de las informaciones periodísticas mundiales.

—¿Acaso podría ser de otro modo, dada mi profesión?

—Supongo que no. Pero, por favor, siga usted. Hace mucho tiempo que no hablo a solas con una mujer, y estoy descubriendo que me encanta hacerlo. Sí, es un placer.

—Placer que no podría usted obtener de una computadora, me parece —rió Brigitte.

—Otro punto a su favor —rió también Martins—. Dígame ahora cómo ve usted ese… pequeño problema de mi país.

—Pues lo veo muy mal. Y no es pequeño, creo yo, sino enorme. Y esto contesta a su pregunta sobre qué conclusiones he obtenido yo sobre el caso: un problema enorme que veo muy mal. Como usted sabe, hay un refrán español que dice: «Cuando el río suena, agua lleva»… y que significa que cuando se habla de una cosa, algo hay de verdad en ella. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. ¿Conoce usted mi idioma?

—Lo hablo un poco —dijo Brigitte en español; y continuó la conversación en este idioma—: Y como le digo, yo veo las cosas muy mal para Unión Liberta.

—¿Por qué?

—Porque ese juicio que está en marcha y en el que se va a utilizar una computadora, hará trizas a los dos candidatos a la presidencia. Pase lo que pase, los dos saldrán tan malparados, que no será posible que el pueblo elija a ninguno de ellos. Al menos, eso habrá que agradecerle a la computadora.

—Un momento, un momento. La computadora no tiene nada que ver en esto, señorita Montfort.

—¿Cómo que no?

—Bueno, quiero decir que esa máquina no va a juzgar a los dos candidatos, sino a almacenar los datos que se le faciliten a fin de ir proporcionándolos con toda rapidez al servicio del jurado. La computadora es una auxiliar del juicio, no el juez. Su cometido estricto consiste en ser alimentada con todos los datos y testimonios, y facilitarlos en pocos segundos durante la causa. Sin la computadora, el manejo de todos los datos, legajos y testimonios sería agotador, tedioso y enervante.

—¡Ah, ya! Y usted va a ser el encargado de manejar ese… artefacto.

—En efecto. No hay nadie más capacitado que yo en mi país para realizar ese trabajo, según entiendo.

—Bueno, pues ya llegamos al motivo básico de esta entrevista, señor Martins: ¿cómo va a funcionar esa computadora y qué influencia puede tener en el fallo definitivo del juicio?

—En primer lugar, la computadora no puede tener ninguna influencia sobre el fallo final, y ello es debido precisamente a cómo funciona. Le pondré un ejemplo… Supongamos que toda esta conversación nuestra ha sido grabada y luego introducida adecuadamente en la memoria de la máquina, con una denominación clave impresa en una tarjeta. Pues bien, si en un momento dado yo precisase recordar todo lo que habíamos hablado exactamente usted y yo, sólo tendría que tomar esa tarjeta impresa con la denominación clave, introducirla en la computadora, y esperar dos segundos…, que sería el tiempo que la máquina facilitaría, a velocidad insospechada, toda esa información. Es más o menos como una máquina para sumar: usted marca en la máquina los distintos sumandos, que pueden ser incluso un millón, de varios números cada uno… Pues bien, una vez hecho esto, para obtener la suma sólo tiene que apretar la tecla correspondiente, y ya está. La respuesta es inmediata. En cambio, si una vez anotados todos esos mismos sumandos, tuviese que sumarlos usted…, ¿cuánto cree que tardaría?

—Meses. O años, quizá.

—Exactamente. Pues lo mismo sucede con todos los documentos

sobre el asunto de mi país. Si tuviesen que ser manejados uno a uno, físicamente, papel por papel, el juicio no terminaría nunca. En cambio, una vez todos los datos hayan sido introducidos en la máquina, la colocación de la tarjeta identificatoria de cada uno hará que la máquina proporcione, en un par de segundos, la información que se requiere en aquel mismo instante. Eso es todo. Pero lo repito de nuevo, la máquina no es juez, sólo… un archivo auxiliar… de velocidad fantástica. Acelera los trámites del juicio, pero no emite en modo alguno el fallo sobre éste, que corresponderá al tribunal adecuado.

—Muy bien. Entendida la función de la computadora. Pero seguimos con lo de antes: pase lo que pase, veo las cosas muy mal para Unión Liberta, que, en definitiva, se va a quedar sin presidencia. No tendrán ni el actual ni por supuesto elegirán a Gervasio Soto.

—Tengo la esperanza de que haya en mi país alguna otra persona capacitada para la presidencia —sonrió suavemente Martins.

—¡Ojalá su esperanza se cumpla! Pero… ¿qué persona puede ser ésa?

—No lo sé. Jamás me he interesado por la política.

—Pero ahora está interviniendo en ella.

—De ninguna manera. Yo he sido requerido por mis conocimientos en el campo de cerebros electrónicos para realizar una labor puramente administrativa, es decir, que sigo trabajando con computadoras, que es lo único que me gusta. El hecho de que el trabajo consista esta vez en manejar datos políticos me tiene por completo sin cuidado, se lo aseguro. La máquina y yo haremos nuestro trabajo: el tribunal tomará las decisiones. Eso es todo… en lo que a mí respecta, claro.

—Está bien. Dígame ahora: ¿qué persona de su país considera capacitada para ser el nuevo presidente?

—No lo sé. Ni idea.

—Puedo citarle algunos nombres, para ayudarle.

—Estupendo. ¿Qué nombres son ésos?

—Por ejemplo, el del general Abel Chávez. O el del vicepresidente actual, señor Rosendo Lamata. Del señor Lamata, me permito dudar que tenga éxito, ya que forma parte de la actual

administración del presidente Madrigal, así que se le considerará cómplice de… lo que pueda ser demostrado. En cambio, el general Chávez, según parece, es independiente, no tiene conexión alguna con ninguno de esos políticos… y goza de cierto prestigio en el país. Y que yo sepa, no hay más personajes con la talla política suficiente para ocupar la presidencia de Unión Liberta.

—Bueno, en tal caso saldrá vencedor uno de ellos.

—¿Cuál? El actual presidente ha visto su nombre tan… zarandeado, que no creo que nadie vote por él; en cuanto al vicepresidente, tiene aún menos probabilidades, al parecer. Respecto a Gervasio Soto, el candidato más fuerte, también ha visto su nombre muy pisoteado, y dudo que obtenga un solo voto. Así que sólo queda el general Abel Chávez.

—Está bien —encogió los hombros Martins—, pues que hagan presidente al general Chávez.

—¿A usted no le importa eso?

—En absoluto.

—Pues le diré que, según opinión internacional, el general Chávez no da, ni mucho menos, la medida conveniente para la presidencia.

—Pero si es lo menos malo de que disponemos, habrá que recurrir a él, ¿no?

—Quizá. ¿Cuánto calcula usted que tardará la computadora en estar lista para trabajar auxiliando el proceso?

—No sé… Puede ser un día, dos, diez, mil… Depende de la cantidad de información que yo deba introducir en su memoria.

—Entendido. Pero yo no puedo estar tres años esperando ese proceso, así que… voy a atreverme a pedirle un favor: ¿podría usted decirme, en cuanto lo sepa, el tiempo que tardará? ¡Oh! Y también me gustaría, si es posible, observar su trabajo con la computadora, señor Martins.

—No puedo prometerle ninguna de esas cosas, lo siento. Y no porque personalmente no quiera hacerlo: es que no depende de mí.

—¿De quién depende?

—No lo sé. Supongo que hoy mismo, o mañana, seré informado de muchas cosas, pero hasta el momento, sólo sé que voy a trabajar.

—¿Conoce usted Ciudad Cabero?

Martins miró asombrado a Brigitte.

—Desde luego. Es la capital de mi patria y, además, nací allí.

—Estupendo. En ese caso, no dudo que sabrá recomendarme un hotel. Y en ese hotel, si le parece, yo podría estar esperando su llamada cuando ya sepa lo que puede contestar a mis preguntas finales.

Ben Martins asintió con gesto amable.

—Instálese en el Garabitos. La llamaré.

—Muchísimas gracias. ¿Sabe, señor Martins, que es usted uno de los personajes más simpáticos y asequibles que jamás haya entrevistado?

—Sólo intento ser siempre una persona amable y educada.

—Pues lo consigue —rió la divina—. Y por favor, no se enfade por mi última pregunta. Dígame: ¿cómo se llaman los habitantes de Unión Liberta? ¿Libertinos?

—No —rió también Martins—. No, no… Nos llamamos libertos.

—Oh… ¡Como los esclavos antiguos que eran liberados!

—Sí… Pero ya no quedan esclavos en ninguna parte, señorita Montfort.

—Yo creo que sí.

—¿De veras? ¿Dónde?

—Bueno, entiendo que en África y Asia todavía hay cierto tráfico en ese sentido. Pero no me refería a esa clase de esclavos.

—No comprendo.

—Me refería a los esclavos de sí mismos. A los que se esclavizan a sus ambiciones, y para cumplirlas no vacilan ante nada. De esos esclavos, quedan muchos, señor Martins.

—Peor para ellos.

—Es verdad: peor para ellos. Espero que cada cual reciba lo que merece, por muy personaje importante que sea.

Capítulo III

—¿Quién es?

—Su pasaporte, señorita Montfort.

Brigitte alzó las cejas, un poco sorprendida, pero tras ponerse rápidamente el salto de cama, abrió la puerta. Su mirada quedó fija en el hombre que había en el pasillo, observándola, a su vez, con amable atención. Era un sujeto alto, delgado, de ojos oscuros y boca sonriente, hasta el punto de que parecía un poco divertido; si bien, al verla con atención, un destello admirativo pasó por sus ojos.

—Señorita Brigitte Montfort, naturalmente.

—¡Naturalmente! —asintió la divina—. Si me trae usted mi pasaporte, no dudo que habrá visto mi fotografía en él.

—En efecto. Y no podía creer que hubiese una mujer tan bella. Sin embargo, de vez en cuando las fotografías hacen una exacta justicia.

—Muy amable, gracias. ¿Es usted el director del hotel?

—¡No! —casi rió el hombre—. Soy Lope Marías, jefe del Servicio Secreto de Unión Liberta… A sus pies.

—¡Oh! Bueno, no sé… ¿Quizá quiere usted pasar, señor Marías?

—Se lo agradezco.

Lope Marías entró en la lujosa *suite* que Brigitte había ocupado a su llegada a Ciudad Cabero la noche anterior, en el hotel Garabitos. Una *suite* de tres piezas, muy espaciosa, con dos terrazas sobre, la avenida Moretones, y desde las cuales se veía el mar.

—Usted dirá —miró Brigitte atentamente al espía.

Este sacó de un bolsillo el pasaporte de la ciudadana norteamericana, y se lo tendió, diciendo:

—Me he permitido traérselo personalmente.

—Muchas gracias. Pero no había prisa… Lo dejé anoche en conserjería, y como todavía no he salido del hotel, no lo necesitaba.

¿Ocurre algo con mi pasaporte?

—En absoluto.

—¡Ah! Bueno, supongo que habrá sido una revisión de rutina.

—No, no. Anoche mismo sentí un gran interés por usted, así que lo primero que he hecho esta mañana ha sido venir a verla. ¿No me recuerda usted?

—No —mintió la espía más peligrosa del mundo—. No…

—Yo formaba parte anoche del… pequeño comité de recepción de Benemérito Martínez. Y la vi despedirse de él muy amistosamente.

—¡Oh, ya…! Bueno, en ese caso usted ya sabía que la fotografía de mi pasaporte me hacía justicia, ¿verdad? Por lo tanto, ya tenía que estar convencido de que existía una mujer tan bella.

—Espero —rió Lope Marías— que se halle usted confortablemente instalada.

—Muy confortablemente.

—Lo celebro… Entiendo que su estancia aquí es por motivos de trabajo.

—En efecto. Si usted me vio anoche con Ben Martins, y luego habló con él, le habrá explicado todo eso, señor Marías.

—Es usted una persona de conversación muy directa.

—Sólo en ocasiones. Pero si eso le molesta, podemos empezar a hablar del tiempo, de las hermosas playas de Unión Liberta, del precio actual del dólar en su país, de la economía nacional, de…

—No, no, no, por favor… Iremos directos al asunto y así la molestaré muy poco tiempo.

—No me está molestando. Al contrario, me resulta muy interesante conocer a un jefe de servicio secreto. ¿No quiere usted sentarse?

—¿Piensa hacerme una entrevista?

—¿Por qué no? —rió la divina—. Aunque me temo que no sería usted demasiado explícito conmigo. De todos modos, mi jefe recibiría con agrado una entrevista con el jefe del Servicio Secreto de Unión Liberta, estoy segura.

—¿Su jefe?

Brigitte se sentó, y Lope Marías hizo lo propio en otro sillón, delante del más bello espectáculo que jamás habían contemplado sus ojos: Brigitte *Baby* Montfort.

La cual asintió:

—Sí, mi jefe. Se llama Miky Grogan y es el director del *Morning News*, de Nueva York.

—¡Ah! Bueno, esto nos lleva precisamente al objeto de mi visita, señorita Montfort. Entiendo que es usted una periodista de gran prestigio internacional, y de ello deduzco que su periódico, el *Morning News*, debe ser no menos importante.

—Exacto. Tanto yo como el periódico para el cual trabajo tenemos una sólida reputación en todo el mundo, prácticamente.

—Me parece magnífico —dijo Marías.

Sacó de un bolsillo interior una tarjeta gruesa, de color azul, y la tendió a Brigitte, que la tomó con dos deditos, preguntando:

—¿Qué es esto?

—Un pase especial a hombre de usted.

—Un pase… ¿para qué?

—Para visitar la computadora. A menos, claro está, que no sienta usted interés por ella.

—Siento muchísimo interés por ese montón de chatarra.

Lope Marías no pudo contener una carcajada.

—¡Asombrosa definición de un aparato que vale más de tres millones de dólares, señorita Montfort! —exclamó.

—¿Tanto? Bueno, parece que los rusos han hecho una buena venta.

—No, no… Perdone. Los rusos no nos han vendido la máquina: solamente nos la han prestado.

—Pues es un gesto muy amistoso y generoso.

—Así lo considero… Mmm… Debo advertirle, claro, que, en estas condiciones, siempre habrá algún ruso junto a la computadora.

—¡Qué miedo!

Marías volvió a reír, mirando cada vez con más interés, y ya no solamente físico a la norteamericana.

—Ya me advirtió Benemérito que tiene usted una charla y un humor admirables. Pero, claro, yo no he dicho eso de los rusos para darle miedo a usted. Sólo he querido puntualizar algunos detalles.

—¿Por ejemplo?

—Bien… Hace ya días que la máquina está instalada en el Palacio de la Justicia, y le aseguro que sólo personal oficial muy

escogido ha tenido, desde entonces, acceso a la sala que se va a utilizar, donde espera la computadora.

—¿Los rusos son personal oficial?

—Los rusos —frunció el ceño Marías— no tienen nada que ver con esto, señorita Montfort. Pero a mí me parece razonable que, si han prestado un aparato de más de tres millones de dólares, quieran asegurarse de que va a ser tratado adecuadamente; así que algunos técnicos se turnan en supervisar cualquier manejo de la computadora. Ahí termina la labor de los rusos… se diga lo que se diga. De todo lo demás, nos encargaremos nosotros, los nacionales.

—Es una aclaración muy interesante. Gracias.

—De nada. Le decía que sólo personal oficial tiene acceso a la sala de la computadora, y ciertamente, los más prestigiosos periodistas del país, en horas de visita fijas. Nadie más.

—Estoy entendiendo que acaba usted de concederme un gran privilegio con esta tarjeta.

—Exactamente. Benemérito Martínez ha insistido mucho en ello, asegurando que usted no va a causar molestias ni sinsabores con su presencia, habida cuenta de que no entiende nada de computadoras, por lo que todo lo que podrá hacer será mirar.

—¿Qué otra cosa iba a hacer? —se sorprendió realmente Brigitte.

—Tocar.

—¡Oh, vamos, señor Marías…!

—Está terminantemente prohibido cruzar el cordón que rodea la computadora.

—Lo tendré muy presente. Y, aun así, sigo considerando que se me concede un trato de privilegio. ¿Por qué? Y no me diga otra vez que es por deseo de Ben Martins.

—Ejem… Bueno, nosotros esperamos que una periodista de su prestigio sabrá enviar a Estados Unidos informaciones de primera mano que expliquen muy bien la honestidad y escrupulosidad con que Unión Liberta está llevando este desagradable caso nacional.

—Ya… Es usted muy amable al confiar en mi… ecuánime colaboración, señor Marías.

—Esa es la palabra: ecuanimidad. Estamos un poco hartos de esa clase de periodistas que, al no tener acceso a información de calidad, se dedican a escribir fantasías.

—Yo nunca escribo fantasías. O escribo realidades o no escribo nada.

—Celebro mucho haber pensado precisamente eso de usted. Bien, señorita Montfort, no la molesto más.

—De verdad que no me está molestando. Y muchas gracias por todo.

—También yo le doy las gracias por su comprensión. ¡Oh, me olvidaba! Benemérito va a estar muy ocupado durante toda la mañana, pero me ha encargado que le diga que la llamará en cuanto le sea posible. Me parece que tiene intenciones de invitarla a cenar en la casita que hemos puesto a su disposición en Barrio Alto. —El jefe del servicio secreto liberto sonrió—. Con lo que Benemérito demuestra que no sólo entiende de computadoras, sino de otra clase de belleza mucho más admirable.

—¡Me parece que a usted tampoco le gustan mucho las máquinas! —rió Brigitte.

—Dudo mucho que una máquina pueda tener unos ojos como los de usted. Y la verdad, para mí no hay nada más bello que unos bellos ojos de mujer.

—¡Es usted un romántico! —volvió a reír la espía—. Y me pregunto si eso es compatible con el espionaje.

—¿Por qué no?

—Pues no sé… No he sido nunca espía.

—Pero tiene amigos espías. ¿O no?

—Oiga, lo que le dije a Ben Martins respecto a mis posibilidades de información en servicios de espionaje fue una broma, se lo aseguro.

—Lástima. Tampoco nos disgustaría que la CIA, por ejemplo, se enterase muy bien de nuestra correcta actitud en todo esto. ¡A saber lo que están pensando sobre la presencia de los rusos en el Palacio de la Justicia!

—Lo ignoro. Vamos, señor Marías: ¿usted también es de los que creen que todo periodista norteamericano es un agente de la CIA?

—No, no… Pero en este caso…

En la puerta de la *suite* sonaron, de pronto, unos golpes tan fuertes que ambos se sobresaltaron. Y antes de que hubiesen reaccionado, una voz de hombre llegó hasta ellos, a través de la madera, llamando a Lope Marías.

—Ese es Obdulio, uno de mis hombres —dijo Marías—. ¿Me permite?

—Desde luego.

Marías fue rápidamente hacia la puerta, la abrió y un hombre se precipitó en la *suite*, muy alterado, casi gritando:

—¡Don Lope, el general Chá…!

Se calló bruscamente ante el perentorio gesto de Marías, miró a Brigitte, que le contemplaba apaciblemente, y de nuevo a Lope Marías, que lo había tomado de un brazo y lo llevaba hacia la parte más alejada de Brigitte. Allí, el llamado Obdulio prosiguió la información que tan excitadamente había comenzado; pero ahora en voz baja. Tan baja, que ni siquiera el finísimo oído de Baby alcanzó a captar una sola palabra… Pero la espía sí vio cómo Lope Marías palidecía intensamente y se mordía los labios. La noticia, sin duda, le había afectado, impresionado mucho, hasta el punto de que parecía aturdido, desorientado.

Por fin, murmuró algo, y Obdulio salió de la *suite*. Lope Marías estaba como clavado al suelo, anonadado. Por fin, pareció recordar que no estaba solo. Miró a Brigitte, parpadeó y se acercó, titubeando antes de murmurar:

—Si puede usted vestirse en cinco minutos, la espero.

—Puedo vestirme en dos minutos —se puso en pie Brigitte—. ¿Qué ha ocurrido?

—El general Chávez acaba de fallecer en un accidente.

Las llamas habían sido ya dominadas, y abajo, en el fondo del barranco de no menos de veinte metros de altura, se veían los restos calcinados del coche. Alrededor de éste, los servicios de extinción y personal médico esperando la autorización de los primeros para rescatar las víctimas del interior del vehículo. Se veían muy pequeños, como absorbidos entre la maleza y el polvo.

El barranco caía poco menos que verticalmente desde el borde de la carretera; en la curva se veían las huellas de los neumáticos, fuertemente marcadas en el piso de asfalto, y la barandilla había saltado con el coche hacia el fondo.

Visto desde allí arriba, la cosa no parecía demasiado espectacular, pero Brigitte pensó en cómo habría quedado cualquier persona que cayese con el coche hasta el fondo, y que, por si alguna

esperanza de salvación le quedase, se había visto envuelto en llamas.

La carretera había sido cortada por policías motorizados, pero naturalmente nadie hizo el menor gesto para impedir el paso hasta la curva a Lope Marías, ni a quienes iban con él. Es decir, Obdulio, que había recibido la noticia por la radio del coche en el cual esperaba a su jefe ante el hotel Garabitos, y Brigitte Montfort, que ahora, de pie en el borde del barranco, contemplaba inexpresivamente los negros restos del coche.

Pero el sol caía ya con terrible fuerza, y la espía, sin vacilar, eligió un lugar más adecuado para esperar: debajo de unos árboles que flanqueaban la carretera por la parte interior de la curva. Se sentó sobre una raíz, encendió un cigarrillo y se dispuso a esperar.

Media hora más tarde, su espera terminó. Con no pocas dificultades, los restos humanos fueron subidos a la carretera, y llevados a la capital, escoltados por los policías motorizados. La circulación se restableció, y Lope Marías, después de dar instrucciones a un par de sus hombres que habían llegado más tarde, miró a su alrededor, vio a Brigitte, y se acercó a ella.

—Tres víctimas —murmuró—: el general Chávez, el coronel Darío y el chófer de éste, el sargento Flores.

—Naturalmente, han muerto los tres.

—Sí, naturalmente. No podía ser de otro modo en un accidente semejante. Ha tenido usted buen criterio al no querer ver los cadáveres.

—Entiendo. ¿Qué hacían por aquí esos tres militares?

—Venían de la casa del general Chávez, evidentemente. Nos enteraremos bien de eso muy pronto, pero creo que la cosa está clara: el coronel Darío fue a recoger con su coche al general Chávez, para trasladarse ambos a la capital, y tuvieron mala suerte.

—Muy mala suerte, sin duda.

Marías la miró un tanto expectante.

—¿Piensa usted enviar algún artículo sobre el accidente a su periódico? —susurró.

—Estoy aquí para informar de todo, señor Marías. La muerte del general Chávez tendrá, supongo, alguna repercusión política, ya que, dadas las circunstancias, podía haber sido el hombre que ostentase la presidencia del país muy pronto. ¿O no?

—Es posible… Sí, era posible.

—No obstante, si usted prefiere que no envíe ese artículo a Nueva York, no lo haré.

—¿No? —se sorprendió Marías—. ¿Cómo es eso?

—Mi trabajo consiste en informar, es cierto. Pero a veces, algunas informaciones pueden esperar…, a cambio de no provocar situaciones que podrían resultar molestas. En modo alguno haré nada que pueda empeorar la situación para Unión Liberta.

Lope Marías parpadeó, admirado.

—Se lo agradezco mucho, señorita Montfort. Pero me temo que no va a ser posible ocultar lo sucedido a los demás periodistas, tanto nacionales como extranjeros, que se han concentrado en Ciudad Cabero, así que no me parecería justo por mi parte pedirle a usted que fuese la única en no cumplir con su trabajo.

—Entonces, enviaré ese artículo. ¿Tiene alguna sugerencia que hacerme sobre él?

—¿Qué quiere decir?

—Pienso que quizá a usted le gustaría que dijese algo especial.

—No —entornó los ojos Marías, cada vez más atento su escrutinio del rostro de Brigitte—. No, no. Diga usted la verdad, y eso es todo. Está usted siendo asombrosamente comprensiva, y yo diría que hasta… perspicaz aguda. Me gustaría poder correspondería en algo.

—Puede hacerlo.

—¿Cómo?

—Llevándome de nuevo al hotel y explicándome por el camino muchas cosas sobre los tres accidentados. Me gusta siempre que mis escritos no tengan lagunas de información.

Lope Marías, que se había sentado a su lado, se puso en pie, tendiéndole la mano para ayudarla.

—Puede estar segura de que su artículo será el mejor documentado de todos. Volvamos… Permítame que le lleve el maletín.

—No, no, gracias. Estoy acostumbrada —sonrió—. Además, el contenido es muy delicado, cosas que sólo una mujer sabe cómo tratar.

Lope Marías contemplaba divertido el maletín rojo con florecillas azules que Brigitte sostenía siempre en su mano

izquierda.

—Es usted una mujer extraordinaria en todo —aseguró—. Las demás mujeres llevan un bolsito.

—¿Aunque sean periodistas?

—Me parece que no la entiendo.

—Tengo la impresión —rió Baby— de que está usted intrigadísimo por culpa de mi maletín de trabajo, señor Marías. ¿Le gustaría ver su contenido, quizá?

—Pues…; a decir verdad, siento una gran curiosidad. Para llevar un espejito, algo de dinero y maquillaje, no hace falta un recipiente tan grande.

—¡Oh! Pero es que llevo muchas más cosas Entre ellas, una pistola.

—Simpática broma —rió Marías.

Brigitte se limitó a sonreír esta vez. Abrió el maletín, y lo primero que vio Marías fue, ciertamente, una pistola. Una pequeña pistolita de cachas de madreperla, encima de las demás pertenencias de la periodista.

—Parece un juguete —dijo—. ¿Por qué la lleva?

—Hace unos años, mi jefe me envió a realizar un pequeño trabajo en Hong Kong… ¿Ha estado en Hong Kong, señor Marías?

—No.

—Bueno… Sólo le diré que tuve que llegarme a cierto barrio del puerto al cual no volvería ahora ni bajo amenaza de muerte. Cuando llegué a aquel lugar, no me gustó, pero hice mi entrevista y salí a la calle… Había cuatro chinos por allí que parecían estar esperando algo, pero no se me ocurrió que fuese a mí. Esa ingenuidad por mi parte me costó perder unos trescientos dólares en efectivo, una cámara fotográfica, el bolso donde llevaba algunas cosas, entre las cuales estaba el bloc donde había anotado la entrevista… y unos cuantos golpes, arañazos y casi la pérdida total de mi vestido, que se quedó en jirones en las manos de aquellos chinos.

—Quiere usted decir que la atacaron.

—Claro.

—Bien, y… ¿cómo terminó el asunto?

—Conseguí escapar antes de que, además de robarme, hiciesen conmigo cosas más desagradables.

—Ya. Bueno, entiendo muy bien que a partir de entonces se procurase usted un arma, desde luego. ¿Cómo consiguió escapar? Eran cuatro hombres, ¿no?

—Sí, eran cuatro. ¿Cómo conseguí escapar? No lo sé con exactitud: quizá tuve suerte al utilizar mis conocimientos de judo.

—¿De veras? ¿Una mujer pudo librarse de cuatro hombres gracias a esa clase de lucha?

—Bueno, no es que me librase de ellos —rió Brigitte—. Simplemente, pude escapar. Pero desde entonces, en efecto, llevo una pistola con mis otras cosas. Véalas a su gusto, señor Marías.

Lope bajó la mirada de nuevo hacia el abierto maletín. Por supuesto, había en éste cosas que sólo utiliza una mujer: perfumes, maquillaje, carmín, esmalte para las uñas… Cosas así. También había una pequeña cámara fotográfica; unos gemelos, el trípode de la cámara fotográfica, de aluminio; un pequeño aparato de radio a transistores; cepillo para el cabello; espejito…

—¿Y esto otro? —señaló lo que parecía una pistola de ciencia ficción.

—Mi secador portátil de cabello Funciona a pilas.

—¡Ah! Y éste, si no me equivoco, es un teleobjetivo. ¡Pero es muy pequeño!

—Si observa mi equipo, verá que todo es reducido. Sin embargo, presta su servicio. Y a propósito, ¿tendría usted inconveniente en que tomase unas cuantas fotografías del coche accidentado?

Lope Marías vaciló visiblemente, pero dijo:

—No, ninguno.

—Gracias. Estaré lista en dos minutos.

Colocó el pequeño teleobjetivo, cruzó la carretera, se asomó al barranco y tomó varias fotografías del coche quemado, desde distintos ángulos en lo posible.

—Bueno —regresó junto a Marías—, podemos regresar cuando guste. Me estaba preguntando si le parece mal que conserve mi pistolita.

—No, no. Aquí no tendrá necesidad de usarla, pero si así fuese, no quisiera ser el culpable de que tuviese un serio contratiempo. Si le parece, podemos iniciar ya la conversación sobre el general Chávez. El general Chávez nació hace cincuenta y cuatro años en…

Hacia las seis de la tarde, el artículo sobre el accidente y las

semblanzas biográficas de los tres militares fallecidos, estaba terminado, así que Brigitte cubrió con la funda su pequeña máquina eléctrica portátil, metió los folios escritos en un sobre, puso en éste la dirección del *Morning News*, miró su relojito y frunció el ceño.

—Me arreglaré mientras espero.

Lo de arreglarse consistía en vestirse, sencillamente, lo que hizo después de una breve ducha fría. Y a las seis y cuarto, cuando estaba lista para salir, sonó el teléfono… y un segundo después, el timbre de la puerta de la *suite*. Se dirigió sin vacilar al teléfono.

—¿Sí?

—¡Ah, bien! Muchas gracias.

—¿…?

—No, no. Precisamente iba a bajar yo ahora mismo. Dígale que me espere en el vestíbulo, por favor.

—Gracias.

Colgó el auricular y fue a abrir la puerta, cuyo timbre había sonado un par de veces más. Cuando la abrió, el joven botones se disponía a pulsarlo, una vez más. Sonrió al verla.

—Ya pensaba que se había marchado, señorita Montfort.

—Pues, no —sonrió también ella—, porque estaba esperando su llegada, jovencito. ¿Me trae las fotografías?

—Sí, señorita. Me he retrasado porque…

—No importa. —Brigitte tomó el sobre que le tendía el botones y le dio una espléndida propina—. Muchas gracias.

—¡A usted, señorita!

De nuevo a solas, Brigitte se dedicó a examinar las fotografías que había enviado a revelar apenas volver al hotel. Del maletín sacó los gemelos, desmontó una de las lentes, y utilizándola como lupa, las estuvo mirando aún con más detenimiento. Había tomado cinco en total, y cada una de ellas la había hecho revelar con dos copias. Un juego de copias lo metió en el sobre y lo cerró. El otro juego lo colocó sobre la mesita, en fila, una junto a otra, y durante tres o cuatro minutos estuvo examinándolas como si no tuviese nada más que hacer en la vida. En realidad, eran casi idénticas, y todo lo que se veía en ellas era el coche carbonizado en el fondo del barranco.

—¿Qué esperabas ver, querida? —se preguntó.

Un minuto más tarde, aparecía en el vestíbulo, con su gracioso maletín rojo que tenía florecillas azules estampadas. Dejó la llave,

pidió sellos para adherirlos al sobre que enviaba al *Morning*, lo introdujo en el buzón y se volvió hacia el hombre que se había acercado a ella y esperaba respetuosamente, gorra en mano.

—¿Es usted el enviado de Ben Martins? —preguntó.

—¿Qué? —se pasmó el hombre.

—El chófer del señor Benemérito Martínez.

—¡Ah, sí! Sí, señorita. Me ha enviado a recogerla, con el coche… Don Benemérito la está esperando.

Capítulo IV

Benemérito Martínez tomó con sus dos manos la que le tendía Brigitte, y se la llevó a los labios.

—Bienvenida —dijo, alegremente—. Y gracias por aceptar la invitación, Brigitte.

—Me encanta ser invitada a lugares como éste. Te han instalado muy bien, Benemérito.

Martins soltó un bufido.

—Creo que es lo que menos me gusta de mi país —mascullό—. El nombrecito que me pusieron. ¿Tendrías inconveniente en llamarme Ben?

—Ninguno —rió ella—. La verdad es que eso de Benemérito me hace un nudo en la lengua.

—Vamos a la terraza —rió Martins—. Tengo listos, para ser servidos, unos cócteles de champaña. ¿O prefieres *whisky*?

—Prefiero el champaña solo. ¿Está frío?

—Espero que sí.

—Entonces, has quedado como un perfecto anfitrión.

—No tanto: al parecer, no te gustan los cócteles.

—La verdad es que no. Los tomo, por supuesto, cuando no tengo más remedio, pero no me gustan las mezclas. ¡Es un lugar precioso, Ben!

Estaban cruzando el jardín, lleno de flores y de frondosos árboles. Se veía el mar desde allí, como una mancha azul sin fin más allá de Ciudad Cabero; a un lado del jardín, una piscina de forma caprichosa, de aguas que parecían pintadas de azul… La terraza se alzaba tres peldaños sobre este bello panorama.

—No está mal —sonrió Martins, señalando el sofá-columpio colocado, por supuesto, de cara al mar—. La verdad es que no esperaba recibir tantas atenciones, pero tengo de todo: coche, chófer, cocinera, un criado… En estas condiciones, no me

disgustaría quedarme en mi país…, a pesar de todo.

—¿A pesar de todo? —se sentó Brigitte—. ¿A qué te refieres?

—¡Oh, pues a todo!: este asunto, la pobreza nacional, los guerrilleros, los politiqueos en todo tiempo… —Martins sirvió champaña en dos copas, olvidado el resto del combinado preparado a espera del champaña—. Bien, tengo entendido que ya has empezado a trabajar.

Brigitte tomó la copa que él le tendía, lo probó y su gesto fue muy cortés.

—¡Excelente! —elogió con la hipocresía propia de la mejor espía del mundo.

—Gracias. Pero sé que, aunque es lo mejor que tenemos, no es tan excelente… Creo que Lope Marías te está tratando muy bien, ¿no es así?

—¡Oh, sí! Es un hombre muy amable.

—No conmigo —refunfuñó Martins—. Tengo la certeza de que sus hombres me están espiando en todo momento.

—Es una descortesía muy propia de un jefe de espionaje —rió Brigitte, divertida—. De todos modos, debemos suponer que lo hace por tu propia seguridad: eres un hombre muy importante, estos días, para Unión Liberta, ¿no te parece? Has visto ya la máquina, supongo.

—No es una máquina —frunció el ceño Martins—. Una máquina puede ser cualquier cosa, y la computadora no es cualquier cosa.

—Mañana le presentaré mis excusas —rió Brigitte.

—¿A quién?

—¡A tu computadora! ¿Sabías que he obtenido, sin pedirla, una autorización especialísima para poder… hacerle una visita?

—No —se sorprendió él—. ¿De veras? ¿Quién te la ha…? ¿Ha sido Marías?

—Sí.

—Vaya… Por lo visto, también a él lo has impresionado mucho con tu encanto personal.

—¿Qué teclas tendría que tocar en la computadora para impresionarla también a mi favor?

—Te estás pitorreando, claro.

—Un poco. Sigue pareciéndome gracioso el modo en que estáis desarrollando el caso. Y ya que hablamos de la máq… de la

computadora: ¿querrías hacerle una pregunta por mí?

Los ojos de Ben Martins brillaron alegremente.

—¿Qué pregunta? Claro que necesitaré antes proporcionarle los datos convenientes para…

—Lo sé. Yo te daré esos datos. Son muy simples: el general Abel Chávez ha muerto en un accidente… ¿Lo sabías?

—¡Sí, claro! Y tú debes haber escrito ya un…

—Bien. Esta es la pregunta para tu computadora: ¿por qué ha muerto Abel Chávez y cómo ha sucedido, realmente?

Ben Martins quedó atónito.

—¿Qué estás tratando de decir? —musitó.

—Tu computadora te dará la respuesta, no yo.

—Escucha, Brigitte, si estás…

—Tema terminado. Hablemos de los guerrilleros: creía que ya no quedaban en Unión Liberta.

—¡Oh! Siempre quedan algunos cuantos desgraciados… No vale la pena ni mencionarlos, aunque ellos están estas últimas semanas un tanto excitados. Incluso aseguran —se echó a reír— que el jefe de ellos ocupará la presidencia del país, en las próximas elecciones.

—¿Y quién es el jefe de ellos?

Ben Martins volvió a reír de buena gana.

—¡Un pastor!

—¿Un pastor?

—Uno de esos hombres que conduce rebaños por las montañas. Están chiflados… ¿Más champaña?

—Pues sí, gracias. Ben: ¿qué va a pasar ahora que Abel Chávez, el hombre que tenía más probabilidades de conseguir la presidencia ha fallecido?

—No sé. Lo único que sé es que sólo quedan tres: Renato Madrigal, actual presidente; Rosendo Lamata, actual vicepresidente; y Gervasio Soto, que se presenta candidato por primera vez. Ya está.

—Te olvidas del pastor. ¿Cómo se llama?

—No sé… Aurelio no sé cuántos, o algo parecido. Vamos, vamos, Brigitte, olvídalo: ese Aurelio ni siquiera sabe leer. Como comprenderás…

—Cualquiera puede aprender a leer, aunque no lo haga tan rápidamente como tu computadora. ¿Trabajarás en ella mañana?

—Sí. Empezaré a facilitarle toda la información. Respecto a tus

preguntas durante el viaje, puedo contestarlas ahora, con cierta aproximación: necesitaré no menos de un mes para dejarla lista para responder a todo.

—Un mes… ¡No puedo estar aquí tanto tiempo!

—¿Por qué no?

—Un mes sin hacer nada… No podría soportarlo.

—¿Tan mala te parece mi compañía?

—No… ¡Oh, no, Ben! No es eso… Pero tú vas a estar muy ocupado y yo… siempre tengo cosas que hacer por ahí.

—¿Por ahí? ¿Por dónde? ¿Y qué cosas?

—Pues… cosas. Tendré que pensarlo, pero seguramente me marcharé pronto… y volveré dentro de un mes. Pero no me iré sin haberte visto trabajar en ese chisme. ¿Te molestaría que fuese a verte mañana?

—No —susurró Martins—. No. Pero yo había tenido la esperanza de que te quedases todo el tiempo.

—Me quedaré unos cuantos días. ¿Tú sabes si tenía enemigos el general Chávez?

—Aquí, todo el mundo tiene enemigos —gruñó Martins—. Quiero decir todo el mundo que es importante. ¿Y yo qué sé? Bueno, he oído algo respecto a cierto antagonismo muy considerable entre el general Chávez y Renato Madrigal, eso sí, pero…

—¿El actual presidente tenía un antagonismo considerable con Chávez?

—Eso dicen. ¿Y qué? Hay un solo pastel, y todos lo quieren. Es natural que no se tengan simpatía.

—La pregunta es: ¿vale la pena el pastel?

Ben Martins se quedó boquiabierto, mirando a Brigitte.

—¿Estás bromeando? ¡Se trata de la presidencia de todo un país!

—¿Y qué? No creo que conseguir esa presidencia justifique todo lo que se haga para llegar a ella.

—Un momento, un momento —alzó las manos Martins—. Nada de discusiones. Yo te he invitado a tomar unas copas, charlar, cenar y escuchar un poco de música. Con ello consigo dos cosas. Una, ser hospitalario con una extranjera en mi país. Dos, pasarlo estupendamente contigo… ¡Caracoles, Brigitte, no puedes echarme a perder una velada tan estupendamente planeada!

—¡Tienes razón! —rió la divina espía—. ¿Qué tenemos para cenar, Benemérito?

Cuando la música terminó, Ben Martins volvió la cabeza hacia Brigitte, sentada a su lado en el sofá-columpio, silenciosa.

—No es música clásica —dijo—, pero quizá algún día lo sea.

—Lo que no se puede negar —suspiró ella— es que es música sudamericana. Oyendo *El cóndor pasa* parece, realmente, que estemos en los Andes, y que sea posible oír el paso de un cóndor… Es una música agradable. ¡Y se está tan bien aquí…!

—Pero no quieres quedarte.

—No puedo quedarme un mes, Ben.

Este quedó silencioso. Se levantó a retirar el disco del aparato y volvió a sentarse, encendiendo un cigarrillo. Ahora, en el silencio, se oía el chirriar de algunos insectos nocturnos, como un interminable murmullo de paz. Ante ellos, la ciudad, iluminada, y al fondo el mar, con algunas luces rojas…

—Brigitte…

—¿Qué?

—¿Quieres casarte conmigo?

La espía se enderezó vivamente, muy abiertos los ojos, fijos en Martins. De pronto, se echó a reír.

—¡Pregúntaselo a tu computadora! —exclamó.

—Estoy hablando en serio.

—¡Oh, Ben, no…!

—¿No quieres?

—No quiero que me lo pidas. No, Ben, no me lo pidas.

—Ya te lo he pedido —él sonrió y le tomó una mano—. Y no creo que la computadora pueda solucionar mi problema, esta vez. Tú has de decir sí o no. No soy un hombre rico, desde luego, pero quizá pronto cambien las cosas. Y de todos modos, no creo que la riqueza tenga gran cosa que ver con el amor, ¿verdad?

—Verdad. Pero, Ben, yo…

¡Chack!, oyó Brigitte en el respaldo del sofá-columpio, entre ella y Ben. Y en seguida, otro sonido igual un poco más arriba. Tan seguidos fueron ambos chasquidos contra el acolchado respaldo, que parecieron uno solo: casi no hubo margen de tiempo entre uno y otro.

Y sin embargo, cuando estaba oyendo el segundo, Baby se hallaba ya en movimiento, desasiendo su mano de las de Martins, y saltando hacia delante. Su acción fue tan velocísima, que Martins se quedó con ambas manos tendidas, petrificado, desconcertado…

—¡Al suelo, Ben, al suelo! —gritaba Brigitte.

—¿Qué?

—¡Tírate al suelo!

Ben Martins reaccionó, como un autómata, lanzándose hacia donde estaba Brigitte, arrastrándose hacia la protección de la barandilla de ladrillos. Abrió la boca para preguntar…, pero no tuvo necesidad de hacerlo.

Comprendió en seguida lo que ocurría.

¡Boooííííinnnggg!, rebotó la siguiente bala junto a su rostro, contra los ladrillos del piso.

Entonces, Ben Martins respingó, y de un salto a manos y rodillas llegó junto a Brigitte, que se encogía tras el enrejado de ladrillos que formaban el contorno de la terraza.

—¡Nos están disparando! —exclamó.

—Calla —susurró ella.

—¡Pero están…!

—¡Calla!

Dos balas más rebotaron cerca de ellos y otra más se hundió también en el respaldo del, sofá-columpio. Otra bala dio en la valla, lanzando esquirlas hacia ambos desde el afortunadamente lejano lugar del impacto.

—No saben dónde estamos ahora —susurró Brigitte—. No te muevas, no hagas nada, no hables… Hay que…

¡Boooíííiinnngg!, rebotó otra bala en el centro de la terraza, y Martins miró con ojos desorbitados a Brigitte, acurrucada junto a él. Tenía que sobreponerse y tranquilizarla, pero se quedó sin saber qué decir o hacer al verla absolutamente serena, hosco el gesto. Por un instante, Benemérito Martínez tuvo la impresión de que Brigitte Montfort, en lugar de ser una persona acosada a balazos, era una gatita esperando que pasase el ratón para saltar sobre él. Estaba tan desconcertado, que tardó un segundo de más en asimilar el grito de dolor que había oído en el jardín.

En seguida, al mirar hacia allí, le pareció ver un par de pinceladas rojizas y oyó otro grito de dolor, y luego la voz de un

hombre:

—¡No se muevan de ahí, señor Martínez! ¡Puede haber más! ¡Yepes, ve a dar la vuelta!

Todavía con los ojos muy abiertos, Martins volvió a mirar a Brigitte.

—No… no comprendo…

—Los han cazado —dijo ella.

—Pe… pero…

—¡Señor Martínez! —se oyó la misma voz de antes—. ¿Están ustedes bien?

—Contesta —dijo Brigitte.

Ben Martins tragó saliva y asintió con la cabeza, como si el hombre del jardín pudiese oírlo.

—¡Sí, estamos bien! —alzó la voz.

—¡Sigan ahí, no se muevan!

Martins volvió a asentir con un gesto, vio que Brigitte, se había sentado cómodamente en el suelo, con las piernas cruzadas e hizo lo mismo.

—Pe… pero ¿qué… qué pasa…?

—Me parece que han querido matarnos. Es decir, han querido matarte a ti, supongo. Por suerte para los dos, Lope Marías ha puesto algunos hombres para que te… espíen. Aunque yo diría que nos han salvado la vida.

—Han querido matarme. ¿Por qué? —jadeó Martins.

—Yo creo que la culpa la tiene la computadora.

Martins quedó boquiabierto. Luego parpadeó, se mordió los labios… Su gesto se ensombreció y quedó silencioso. Ninguno de los dos volvió a hablar, hasta que apareció un hombre en la terraza, proveniente del jardín, pistola en mano.

—Señor Martínez…

—Aquí —murmuró Martins.

El hombre se acercó a ellos, guardó la pistola y sonrió amistosamente.

—No hay más —dijo—. Eran dos, pero los hemos matado. ¿Están heridos o…?

—Estamos bien —dijo Brigitte; poniéndose en pie—. ¿Quién es usted?

—Orozco. Trabajo con don Lope.

—Ya. ¿Cuántos más hay con usted?

—Otro solamente: Yepes. Está dando la vuelta a la casa, por si hubiera alguien detrás, pero me parece que sólo han venido dos. ¡Yepes! —alzó la voz.

—¡Ahí voy! —otro hombre apareció muy pronto en la terraza, por otro lado, señalando hacia su espalda—. Todo está bien por allá detrás, Orozco. Pero será mejor que no nos descuidemos. Y también sería mejor —se acercó a Brigitte y a Ben— que ustedes entrasen en la casa.

—Tú quédate por aquí —dijo Orozco—, yo avisaré a don Lope.

—Está bien.

Brigitte, Ben y Orozco entraron en el salón. Orozco cerró la doble puerta que daba a la terraza y se dirigió hacia el teléfono.

Lope Marías se sentó delante de Brigitte y Martins, y se quedó mirando a éste, preocupado.

—Son Teodoro Gordillo y Gil Fornos —dijo.

Ben Martins parpadeó.

—Me parece que no los conozco —musitó—. ¿O sí? Quiero decir que si han estado conmigo hoy…

—No. Claro que no. Usted lleva mucho tiempo fuera del país, don Benemérito, y no sabe nada de ellos. Pero yo sí lo sé… y no me gusta.

—Me parece —dijo Brigitte— que Ben no le entiende, señor Marías —sonrió—. Ni yo tampoco.

Lope Marías vaciló. Se vio claramente que dudaba entre seguir hablando o callarse. Su mirada fue hacia Brigitte, que volvió a sonreír, inexpresivamente.

—Si molesto, puedo marcharme —ofreció.

—Bueno, no… Es que…

—Don Lope —entró diciendo Orozco—, ¿qué hacemos? Si son del grupo político de Gervas…

—¿Quién te ha dicho que abras la boca? —saltó del asiento Lope Marías, furioso.

—Pu… pues… Bueno, don Lope, yo…

—¡Tú eres un imbécil, eso es todo! ¿Cuántas veces te he dicho que no tienes que decir nada delante de otras personas?

—Yo… Don Lope, es que… Bueno, ¿qué… qué hacemos?

—¡Vete al demonio!

Orozco tragó saliva, vaciló un instante y salió de allí a toda prisa. Lope Marías se dispuso a ir tras él, pero Martins se puso en pie y lo asió de un brazo.

—Un momento —musitó—. ¿Ese hombre iba a mencionar a Gervasio Soto?

—No… No, no…

—Pues ha dicho Gervas… —recordó amablemente Brigitte—. Y a lo mejor quería decir Gervasio Soto.

—¿Quiere eso decir que esos dos hombres son del grupo político de Gervasio Soto? —abrió mucho los ojos Martins.

Lope Marías soltó un bufido, y se pasó una mano por la frente, irritado.

—Sí lo son —masculló—. Pero eso puede no significar nada, claro.

—¿De verdad piensa eso? —preguntó Brigitte.

—Escuche, señorita Montfort —se revolvió Marías hacia ella—, este asunto no es de la incumbencia de usted en ningún sentido, de modo que…

—¿Sabe usted, señor Marías, que han podido matarme? —le interrumpió ella, siempre suavemente.

—¿Qué?

—No me diga que no ha pensado en ello. Yo estaba con Ben, a muy poca distancia de forma que las dos primeras balas pasaron entre su cuerpo y el mío. Creo que eso me da derecho al menos a protestar por lo ocurrido.

—¿Me va a culpar a mí de ello? —exclamó, incrédulamente, Marías.

—Claro que no. Me parece que a quien tendremos que culpar es al señor Gervasio Soto, el candidato a la presidencia de este inquieto país. Quizá tendríamos que reclamarle por daños y perjuicios, pues nos ha asustado mucho. O quizá…

—¿Qué está diciendo? —Marías se llevó las manos a la cabeza, aterrado—. ¡No puede usted hacer esto!

—¿Por qué no?

—Pues porque… ¡No puede hacerme esto a mí!

—¿A usted? —se sorprendió la espía.

—Escuche… Escuche, señorita Montfort, yo he sido amable con usted, ¿no es cierto?

—Mucho —admitió ella—. Le di las gracias, ¿verdad?

—¿Las…? Sí, claro. Mire, no suelo comportarme así, pero me veo obligado a pedirle que… corresponda a mi favor, a mi amabilidad con usted.

—¿Cómo puedo hacerlo?

—No diga nada de esto a nadie, no escriba nada… hasta que yo la autorice. Por favor.

—De acuerdo, pero con una condición: quiero ver a esos dos hombres.

—¿A los dos muertos? ¿Para qué?

—Es que soy muy morbosa.

Los dos hombres se quedaron pasmados un instante. Lope fue el primero en reaccionar con un bufido.

—Está bien —dijo—, puede verlos. Dígale a Orozco que yo la envío… ¡Pero nada de fotografías!

—De noche, y sin equipo adecuado, no sería fácil… Vuelvo en seguida.

—¿De verdad vas a verlos? —exclamó Martins.

—Por supuesto.

—Pues yo también voy.

Marías abrió la boca, pero acabó encogiendo los hombros y saliendo en pos de ellos. Los dos cadáveres estaban frente a la puerta principal de la casa, y Orozco y Yepes habían asido ya a uno de ellos por los pies y los sobacos para meterlo en el coche en que había llegado Marías. A un gesto de éste, dejaron el cadáver y lo miraron cuando Brigitte se inclinó sobre él. Marías frunció el ceño y no dijo nada. Así que tuvieron que aceptar que la extranjera saciase su curiosidad respecto a los dos cadáveres. Cuando terminó, miró a Marías y éste hizo una seña a sus hombres, que reemprendieron la carga.

—¿Satisfecha? —murmuró Marías.

—La curiosidad, sí.

—¿Puedo confiar en usted?

—Completamente.

—Gracias. —Marías miró a Martins—. Bien… Comprendo que el asunto es desagradable, don Benemérito, pero le agradecería que fuese discreto, por el momento. A decir verdad, me temo que no podremos silenciar lo ocurrido. Mañana se sabrá en todo el país,

seguramente, pero mientras tanto, creo que deberíamos… evitar más complicaciones de las que ya existen. Comprendo que han querido matarle, asesinarle y que…

—No se preocupe —susurró Martins—. No diré nada, Lope.

—Gracias… Gracias a los dos. Bien, hasta…

—¿Le importaría llevarme, señor Marías? —pidió Brigitte.

—Claro que no.

—¿Vas a ir con dos muertos? —exclamó Martins.

—No creo que puedan hacerme daño. Iré a buscar mi maletín, señor Marías.

—Pero Brigitte… —comenzó a protestar Martins.

—No me parece que sea momento de continuar nuestra conversación —murmuró ella—. Nos veremos mañana… delante de tu computadora.

Capítulo V

Pero lo que primero vio por la mañana siguiente la señorita Montfort al ir a entregar la llave en la conserjería, fue el periódico *La Nación*, extendido por la primera página sobre el mostrador. Y al leer los grandes titulares, comprendió que nada se había podido hacer para ocultar lo sucedido la noche anterior en la villa que ocupaba Ben Martins:

> «**INTENTO DE ASESINATO DEL HOMBRE DE LA COMPUTADORA**
>
> »Don Benemérito Martínez, nuestro técnico electrónico formado en Estados Unidos, fue atacado anoche por dos incondicionales del candidato don Gervasio Soto…».

—Todo va de mal en peor —oyó el refunfuño.

Brigitte dejó de leer, alzó la cabeza y miró al conserje, que parecía de pésimo humor.

—¿Perdón? —murmuró.

—Esto terminará muy mal —aseguró el hombre—. Si empiezan a matarse unos a otros, no quedará títere con cabeza. Y le diré otra cosa: no me sorprendería nada que el accidente del general Chávez no fuese tal accidente.

—No sé si debería usted decir esas cosas —sonrió suavemente la espía.

—¿Por qué no? Todos estamos hartos de estas luchas por el poder político, que a fin de cuentas no es más que la ambición de riquezas personales. No hay más que eso. Y hablo así precisamente delante de usted para ver si consigo que lo publique en su periódico de Estados Unidos, y que el mundo se entere de todo.

—Creo que el mundo se está enterando de todo, ¿no?

—¡Bah! ¡No saben nada de nada! Aparece un hombre que dice que cuando sea presidente, nos dará esto, lo otro y lo de más allá… ¡Nos lo dará todo, se ocupará de nosotros! Luego, de lo único que se ocupa es de llenarse él los bolsillos, sea como sea, y de apoyar a las grandes empresas que le pagan por autorizarlas a fabricar armas, o a vender tal cosa a tal precio, o por tener la exclusiva de tal explotación… ¡Es todo una porquería! Y si alguien quiere escucharme a mí decir las cosas, no crea que voy a rajarme.

—Lo tendré presente —murmuró Brigitte—. ¿Puedo quedarme este periódico?

—Ya lo han leído todos. Quédeselo.

—Gracias. ¿Quiere encargar que me pidan un taxi, por favor?

Durante el trayecto en taxi hasta el Palacio de la Justicia, Baby acabó de leer la información, en la que no podía estar más claro que Benemérito Martínez había sufrido un intento de asesinato por parte del grupo de Gervasio Soto, y a continuación se hacían toda una serie de cábalas respecto a los móviles de dicho intento de asesinato, empezando por la teoría de que se proponían impedir que la computadora fuese utilizada, a fin de ir retrasando indefinidamente el juicio con enfrentamiento de Gervasio Soto y Renato Madrigal. Este había hecho algunas declaraciones a la prensa, pero Soto se había negado, por el momento…

«Es curioso —pensó Brigitte—. No me mencionan aquí ni una sola vez… Y yo estuve allí, si no fue todo un sueño. Ciertamente, me alegro muchísimo de no ser mencionada, pero… ¿por qué no lo han hecho? Qué extraño…».

Sin embargo, aún se alegró más de no haber sido mencionada cuando llegó al Palacio de la Justicia, ante el cual había docenas de periodistas, cuyo intento de entrevistar a Benemérito Martínez no fructificaba, debido al cordón militar. Por algunas frases y palabras sueltas, Brigitte comprendió que Ben Martins había llegado allí fuertemente escoltado, y que lo mismo sucedería cuando tuviese que regresar a su villa.

El casi asustado, nerviosísimo, sudoroso oficial que mandaba la guardia miró irritado a la bellísima mujer cuando ésta, tras conseguir abrirse paso entre los periodistas, llegó ante el cordón de soldados y le hizo señas, se acercó rápidamente, y comenzó, con

gesto agrio:

—Señorita, nadie puede…

Se calló al ver el pase azul que le mostró ella. Frunció el ceño, asintió y autorizó su entrada… bajo la protesta de la nube de periodistas.

Dentro del Palacio, todo era quietud, y el rumor de la calle apenas se oía. Un hombre de paisano se acercó a Brigitte, pero ella se apresuró a mostrarle el pase.

—¡Ah, de don Lope! —casi sonrió el hombre.

—Así es. Quisiera ir a la sala de la computadora. Soy amiga del señor Martínez, además.

—Por aquí, por favor.

La guió por largos y amplios pasillos, en los que había más soldados y hombres de paisano. A medida que se adentraban en el enorme edificio de altísimos techos, el silencio era mayor. Y supo que habían llegado a la sala de la computadora, cuando vio ante una de las dobles puertas de gruesa madera media docena de soldados. No se opusieron al ver el pase, y el paisano que había acompañado a Brigitte empujó una de las hojas, se apartó y volvió a cerrar a espaldas de ella, que inmediatamente se había convertido en el centro de atención de dos docenas de hombres.

Pero sólo por un par de segundos. Luego, cada cual continuó con su trabajo. Dentro del recinto señalado por un grueso cordón rojo de seda, estaba Ben Martins, clasificando la documentación del caso, ayudado por varios hombres. Posiblemente, Martins fue el único que no se dio cuenta de la visita.

Luego, había varios hombres fuera del recinto del cordón, uno de los cuales se acercó a ella, con gesto amable, pero muy atento. Brigitte exhibió, una vez más, su pase, el hombre inclinó la cabeza y se retiró a su posición anterior, muy serio.

Otro hombre se acercó a la espía, con gesto amable. Era muy alto, rubio, de ojos azules, expresión inteligente y simpática.

—¿Me permite su pase? —preguntó en español.

La espía más audaz del mundo sonrió mientras se lo entregaba. Aquel hombre había hablado en un español perfecto, desde luego, pero para ella era lo mismo que si hubiese hablado en ruso: sabía identificar a un ruso por su acento en menos de cinco segundos. Era, pues, uno de los técnicos enviados a Unión Liberta con la

máquina… O bien, muy posiblemente, un agente de la MVD.

—Muchas gracias —le devolvió el pase el hombre—. ¿Es usted amiga del señor Marías?

—No, exactamente; de quien soy amiga es del señor Martins, y supongo que él fue quien convenció al señor Marías para que me facilitase el pase.

El ruso la miraba atentamente, más que antes.

—¿Americana? —murmuró.

Brigitte tuvo que contener una sonrisa divertida. Al parecer, el ruso también sabía no poco en cuestión de identificaciones.

—Así es.

—¡Ah! Bueno, su nombre parece francés; por eso me he sorprendido un poco.

—Lo comprendo. ¿Puedo curiosear por aquí?

—Sí, sí. Pero —sonrió amablemente—, ya debe usted saber que no puede tocar nada, señorita Montfort.

—Estoy al corriente de esas condiciones, no se preocupe. Muchas gracias.

Obsequió al ruso con una sonrisita y fue acercándose a la máquina, lentamente, mientras miraba, como distraída, a los demás hombres, intentando identificar a los otros rusos que hubiera en la sala. Estuvo segura de haberlo conseguido con dos, pero quizá había más.

Por fin, se detuvo ante el cordón, y se quedó mirando la computadora. Era enorme, estaba llena de botones, luces, indicaciones, cintas grabadoras, paneles con teclados… La verdad era que resultaba impresionante. En aquel momento, Martins se hallaba ante uno de los paneles de teclados, trabajando en él. La máquina emitía un zumbido perfecto mientras aquella parte de información iba pasando a su cerebro. Durante casi un cuarto de hora, Martins estuvo informando a la máquina. Luego, aquel legajo de documentos fue microfotografiado, y pasó a una gran cesta metálica. Martins fue hacia la gran mesa donde estaban colocados los demás legajos de documentación y al ver la gran cantidad que había, Brigitte tuvo que admitir que el pobre Benemérito tenía allí trabajo para mucho tiempo.

De pronto, Martins la vio, al tiempo que tomaba otro legajo mientras hablaba con dos de los asesores informativos. Murmuró

unas palabras, dejó el legajo y se acercó, sonriendo.

—¡Hola! —saludó, con gesto fatigado—. ¿Cómo estás?

—Bien —sonrió Brigitte—. ¿Has leído los periódicos?

—Sí. Y te aseguro que si fuese por mi gusto, ahora mismo regresaba a Estados Unidos —la miró con inquietud—. ¿Cuándo te vas tú?

—Aún no lo sé.

—¿Vas a quedarte? —la miró Martins, anhelante.

—Unos días más tan sólo —murmuró ella.

—Bien… Entiendo, claro. ¿Quieres ver la computadora de cerca o que te explique algo?

—Es tan grande que no hace falta acercarse para verla bien — casi rió ella—. En cuanto a tus explicaciones, sí las deseo, pero no quiero entretenerte ahora en tu trabajo.

—Bueno —sonrió él, por fin—. Quizá querrías que esta noche te facilitase una explicación completa. Ayer aún no andaba muy seguro en estos mandos, pero hoy la computadora no tiene secretos para mí. Si vinieses esta noche a cenar, te daría la más amplia información que puedas conseguir sobre este cerebro fabuloso.

—Es una buena oferta. Iré.

—Cenaremos dentro de la casa, desdé luego.

—¿Tienes miedo?

—¿Yo? ¡Lo digo por ti, Brigitte!

—Te lo agradezco. Por favor, Ben, sigue con tu trabajo. Hazte cuenta de que no estoy aquí.

—De acuerdo. Pero te recordaré a la hora de la cena, ¿comprendes? No me falles.

Descuida —rió ella—. Tengo ganas de volver a escuchar *El cóndor pasa*.

Ben Martins asintió con un gesto, saludó y volvió a su trabajo, pareciendo que, en efecto, se olvidase de que Brigitte Montfort estaba allí. Lo cual fue aprovechado por la espía para dar la vuelta completa a la computadora, mirando con suma atención todos los dispositivos… y sin entender nada de nada prácticamente.

—¿Puedo ayudarla en algo?

Volvió la cabeza y vio junto a ella al ruso de los cabellos rubios y los ojos azules, sonriendo en verdad simpáticamente.

—No, gracias.

—Le aseguro que puedo aclararle a usted cualquier duda respecto a la máquina —insistió el ruso.

—¡Oh! Lo hará mi amigo, el señor Martínez. Pero me temo que ni siquiera él conseguirá hacerme comprender cómo funciona este artefacto.

—No es tan difícil como parece… Bueno, eso hablando en líneas generales, claro. Lo primero que hay que entender es que una computadora…

—¡Por favor! —se sobresaltó Brigitte—. ¡No irá usted a darme una conferencia sobre eso!, ¿verdad?

—Ya veo que no lo desea. Pero podríamos hablar de otra cosa… No aquí, claro.

—¿De qué otra cosa?

—Pues no sé… Del tiempo, de las flores, del amor… Me llamo Andrei. Andrei Kuznezov. ¡Oh, sí, ruso, claro…! ¿Habla usted mi idioma, quizá?

—Sé decir gracias, no, y adiós —sonrió ella—. Creo que más o menos es así: *espasivo, niet, dosvidaña…*

—Perfecto —exclamó Kuznezov—. Si le parece, hoy mismo podría enseñarle unas cuantas palabras más, señorita Montfort.

—*Niet, espasivo, dosvidaña*.

Y se dirigió hacia la puerta de la gran sala, dejando al ruso clavado al suelo, fruncido el ceño…, pero sonriendo al mismo tiempo.

Si para llegar hasta allí había tenido pocos inconvenientes, aún tuvo menos para salir. Y además, la esperaba una gran sorpresa: no había ni un solo periodista delante del palacio. Y eso no podía comprenderlo Brigitte, que sabía perfectamente que un periodista es el ser más tenaz del mundo…

—¿Qué ha pasado? —miró al oficial, que la contemplaba ahora con más sosiego, y por lo tanto turulato ante su belleza—. ¿Han recurrido sus soldados a la violencia para…?

—¡No, no, no! —rechazó ofendido el oficial—. Simplemente, llegó la noticia y todos se fueron allá.

—¿Allá? ¿Adónde?

—A la residencia del señor Rosendo Lamata.

—¿Todos los periodistas han ido a la residencia del vicepresidente? ¿Por qué? ¿Qué noticia llegó?

—Al parecer, se dice que esta noche han asesinado al señor Lamata —el oficial sonrió—. Pero debe ser un rumor, un truco del servicio secreto nuestro para despejar el ambiente aquí.

Brigitte contemplaba atónita al oficial.

—Claro —musitó—. Claro, un truco.

No era un truco.

Cuando, finalmente, casi a la una del mediodía, Lope Marías se metió en su coche dispuesto a marcharse de la residencia del vicepresidente de Unión Liberta, Brigitte lo comprendió así al ver la expresión tensa del jefe de espías… Eso aparte de que en ningún momento había creído que una noticia así pudiera ser dada como una broma…: Aquel oficial era un cretino.

—¡Ah, señorita Montfort…!

—Me he permitido esperarlo en su coche, señor Marías. Espero que no le moleste.

—No, no… Usted ya conoce mi coche, y si le gusta, puede considerarlo como suyo.

—Pero sin cadáveres en el maletero —sonrió ella.

—¡Sí, sí, claro…! Ya no están ahí, por supuesto.

—Lo supongo. Ahora, el cadáver que tenemos disponible está en la residencia —señaló hacia la lujosa mansión.

—Sí… Sí, eso es… ¿Quizá quería usted pedirme permiso para entrar?

—¡Oh, no!

—Como parece que le gustan los cadáveres…

—Me atraen en ocasiones. Y por supuesto, tendré que tomar alguna fotografía del actual, si es posible.

—Por el momento, lo dudo. La policía está encargada de la investigación… oficial del caso, y no creo que la dejen curiosear, por ahora. Tendrá que esperar, como los demás periodistas.

—Entiendo. ¿Qué clase de investigación… no oficial va a emprender usted, señor Marías?

—Aún no lo sé. ¿Por dónde empezaría usted?

Brigitte se quedó mirándolo boquiabierta.

—¿Yo? —exclamó por fin.

—¿No sabría usted emprender una investigación?

—Pues… Bueno, no sé… Quizá sí, teniendo todos los elementos de juicio, claro. A fin de cuentas, soy una periodista, y todos los

periodistas somos un poco investigadores.

Brigitte estaba segura de que había una expresión de astucia en el fondo de los ojos de Lope Marías cuando dijo:

—Le voy a hacer un trato, señorita Montfort: yo consigo que la policía la deje entrar ahora mismo, y que la pongan al corriente de todo, que la dejen mirar en todas partes, preguntar, ir y venir a su antojo…, en fin, todo lo que usted quiera, y, a cambio usted se compromete sinceramente a comunicarme sus conclusiones sobre el asesinato. ¿Vale?

—Eso es tanto como pedirme ayuda señor Marías —sonrió la espía.

—¡Oh, vamos…! Yo soy un jefe de servicio secreto, señorita Montfort. Le pediría ayuda si usted fuese una espía excepcional, famosa… Pero a una periodista, lo único que puedo pedirle es un cambio de impresiones.

—Ya —murmuró Brigitte—. Un cambio de impresiones.

—Exacto. Al fin y al cabo, somos un poco colegas, ¿no?

—¿Colegas? ¿Usted y yo?

—Quiero decir —amplió su astuta sonrisa Marías— que a los dos nos gusta enterarnos de las cosas. La diferencia está en que usted las publica… y yo las guardo en secreto. Pero también en eso podríamos llegar a un acuerdo: o los dos hablamos, o no hablamos ninguno de los dos. Le estoy haciendo una buena oferta.

—Es cierto. En general, usted se está portando muy bien conmigo. Por ejemplo, parece que ha conseguido que no se me mencione como… una de las protagonistas del atentado de anoche contra Ben Martins. Y le estoy muy agradecida por ello, de veras.

—No tiene importancia. ¿Qué responde a mi oferta?

—No.

—¿No? ¿De veras?

—De veras. Pero tengo que pedirle un favor, querido amigo… Para serle sincera, tengo miedo de que en el jardín hubiese anoche más de dos hombres, en cuyo caso, saben que estuve allí, y es posible que intenten atacarme, así que…, ¿no podría usted proporcionarme un poco de ayuda?

Lope Marías estaba absolutamente estupefacto.

—¿Está usted hablando en serio?

—Por completo.

—Vamos, vamos… Yo sé que usted no puede tener miedo a nada ni a nadie…

—Me halaga que piense eso de mí, pero creo que me está supervalorando, Lope. ¿Quiere o no quiere proporcionarme esa escolta de seguridad?

—Esto es fantástico… De acuerdo: le pondré dos hombres.

—A ser posible, Orozco y Yepes.

—¿Por qué precisamente ellos?

—Anoche demostraron ser muy efectivos vigilando. Y si ya sé que puedo tener dos buenos protectores, ¿por qué confiar en otros que quizá sean menos seguros?

—Está bien —Lope Marías estaba desconcertado como nunca en su vida—. Le enviaré a Orozco y a Yepes.

—Gracias. Y otro favor: ¿me lleva a mi hotel?

El desconcierto de Marías llegó al tope.

—¿No piensa interesarse sobre el asesinato del vicepresidente Lamata? —casi gritó.

—No. Le diré lo que voy a hacer: iré a mi hotel, me ducharé, porque hace mucho calor, y luego almorzaré cualquier cosa ligera; después, dormiré una larga siesta, volveré a ducharme, y escribiré para mi periódico un artículo sobre la computadora, su emplazamiento, personal que la atiende a las órdenes de Ben Martins, y cosas así. Y hacia las… seis o seis y media, iré a la villa de Ben para cenar con él.

Lope Marías se pasó la mano por la frente, aturdido.

—Está bien… Está bien: a las seis enviaré a Yepes y a Orozco a recogerla con un coche.

Capítulo VI

—Buenas tardes, muchachos. ¿Cómo les va?

—Muy bien, señorita —sonrió Orozco, abriendo la puerta de atrás del coche—. Estamos a sus órdenes.

—Y muy complacidos —rió Yepes, al volante, cuando ella se hubo sentado atrás—. La verdad es que nos gusta más protegerla a usted que al señor Martínez.

—¿Y eso por qué?

—Pues siempre es mejor contemplar una flor que un cactus, ¿no le parece?

Brigitte se echó a reír, y los dos flamantes guardaespaldas hicieron lo mismo, encantados de la vida. Orozco se había sentado también delante, junto a Yepes, y se volvió.

—A la casa del señor Martínez, ¿verdad?

—¡Sí, sí!

—Vale. Arranca, Yepes.

—Allá vamos.

Atrás quedó el lujoso hotel Garabitos, y pocos minutos después, la ciudad. Viajaban dando la espalda al mar, hacia lo alto de la colina denominada Barrio Alto, zona residencial. Las casitas se veían diseminadas lo suficiente para que resultase un lugar discreto. La carretera no era muy ancha, y a ambos lados, de trecho en mecho, se había dejado una pequeña zona boscosa, que aún daba más realce a la zona residencial…

—Todo esto es precioso —había dicho Brigitte varias veces; y la última vez, añadió—: ¿no podríamos parar un momento en ese bosquecillo? Quisiera hacer una fotografía de la ciudad enmarcándola en árboles de Barrio Alto, para enviarla a mi periódico… Mire, Yepes, ahí mismo, a la izquierda… Pare, por favor.

—Muy bien.

Yepes detuvo el coche en el lugar indicado, y Brigitte se apeó, llevando el maletín, directa hacia el arbolado.

—Vengan conmigo —se volvió—. Seguramente, tendré que hacerles muchas preguntas.

Orozco y Yepes se miraron, sonrieron, y se fueron tras ella. Recorrieron quizá treinta metros del bosquecillo, hasta llegar al otro lado, que se cortaba en la ladera de la colina. En efecto, abajo y al fondo, la ciudad y el mar, de un azul bellísimo…

—Es precioso —repitió una vez más Brigitte—. Precioso.

—¿En qué podemos ayudar nosotros? —preguntó Yepes.

—Pues… Vamos a ver… Pónganse aquí. No, no: más juntos los dos, Orozco. Eso es… Ahora, no se muevan. ¿Listos?

—Sí, sí, listos. Cuando usted quiera.

—Pues allá va.

Y allá fue.

Orozco recibió el primer golpe de karate, en la boca del estómago. Fue como si la señorita Montfort estuviese jugando, gastando una broma…, pero, con los ojos en blanco, Orozco cayó hacia delante, como muerto, fulminado por el tremendo trallazo.

Yepes ni siquiera tuvo tiempo de sorprenderse, porque la señorita Montfort giró hacia él a una velocidad incontrolable, y le golpeó con el canto de la mano izquierda en un lado del cuello, como si estuviese utilizando un sable y quisiera decapitarlo… No lo decapitó, pero Yepes cayó hacia atrás y de lado tan aparentemente muerto como su compañero.

La encantadora señorita Montfort se quedó mirándolos incrédulamente.

—¡Pues sí que son flojos! —se pasmó.

—¡Hola! —les sonrió cuando ambos estuvieron despiertos y percatados de su situación—. Me he pasado el rato mirando el mar. ¿Les he dicho que el mar me encanta?

Orozco y Yepes cambiaron una mirada, y luego miraron sus pies, atados. También tenían las manos atadas a la espalda… Los pies, con sus cinturones, pero las manos no sabían con qué…

—Con esparadrapo —dijo la señorita Montfort, sobresaltándolos —. Parece frágil, pero antes de romperlo se dejarían el pellejo. Y a ustedes no les gustaría dejar el pellejo en un lugar tan bello,

¿verdad?

—¿Qué pretende usted? —farfulló Orozco—. ¿Por qué ha hecho esto?

—Ya les dije que tengo que hacerles muchas preguntas. Y ustedes las van a contestar.

—Eso ya lo veremos —gruñó Yepes.

—Muchachos, no se equivoquen conmigo, como ha hecho su jefe, a pesar de intuir quién soy yo realmente. Sí, creo que él sospecha que yo soy la agente Baby, de la CIA, y… Pero ¿qué les pasa? Se han puesto pálidos… ¿Es que el amigo Lope no les dijo que yo podría ser la agente Baby? ¿No se lo dijo? ¡Caramba, qué reservado…! Seguramente, está esperando a tener la certeza de que soy yo mismita, para entonces venderme a los rusos por cinco millones de dólares…, si es que no han aumentado mi precio. Pero mientras tanto, no sé si ha querido burlarse de mí, error que han cometido ya muchos antes que él, o bien ha querido utilizarme. Por supuesto, eso no lo consigue nadie con Baby, así que, como es de ley, las cosas están ahora como yo quiero que estén. Y si ustedes no colaboran, los voy a degollar, pero empezando el tajo por el ombligo. ¿Lo entienden?

Sacó del maletín el cepillo para el cabello, apretó el mango del modo especial que sólo ella sabía, y apareció el agudo, rutilante estilete de acero ante los ojos de Yepes y Orozco, que palidecieron un poco más… si era posible.

—Yo creo que sí me entienden —dijo Brigitte, ahora con voz tan dura y fría que los dos hombres se estremecieron—. Y espero que no me obliguen a manchar de sangre estos bellos parajes. Tampoco me gustaría colgar sus tripas de una rama, para que se sacasen al sol. Ni cortarles las orejas y dejarlas para que se las comiesen las hormigas… No, no me gustaría hacer nada de eso. Prefiero conversar. Primera pregunta: ¿para quién está trabajando *realmente* el amigo Lope Marías?

—No… no sabemos qué quiere decir…

—¿No? Bueno, pues por el momento hablaré yo, Orozco. Pero no abusen de mi paciencia Anoche, ustedes dos asesinaron a dos hombres que…

—¡No asesinamos a nadie! ¡Ellos…!

—Calma —pareció congelarse la voz de la señorita Montfort—.

He dicho que hablo yo ahora. Y digo que aquellos dos desdichados fueron asesinados. No es cierto que llegasen allí subrepticiamente para asesinar a Ben Martins. Ustedes estaban vigilando, así que…

—¡No los vimos llegar!

—¡No, no, Orozco, no…! Ustedes los vieron llegar, los llevaron a un lugar del jardín desde el cual podían vernos perfectamente a Ben Martins y a mí, y les dijeron que disparasen. Ellos lo hicieron, por supuesto que sin ánimo de matarnos, cosa que podrían haber conseguido muy fácilmente al primer intento; pero lo que hicieron fue tirotear las cercanías, con exquisito cuidado de no herirnos siquiera. Tenían buena puntería, afortunadamente. Luego, ya terminada la comedia, ustedes, que estaban detrás de ellos, los mataron.

—¡Usted no sabe lo que dice!

—Sí lo sé, Yepes. Aquellos dos desdichados fueron contratados por Lope Marías para hacer esa comedia, aun sabiendo que los planes de Lope Marías no podían ser en modo alguno favorables a Gervasio Soto. Pero no les importaba: traicionaban a Gervasio Soto, cobraban su dinero ofrecido por Marías, y ya está. Claro, no podían saber que Marías los había sobornado precisamente a ellos para que, cuando él explicase lo sucedido, todo indicase claramente que Soto había enviado a dos hombres a matar a Benemérito Martínez. Y como ellos estarían muertos…, ¿quién contradecía a Lope Marías? Así que tenemos que Lope Marías está tramando algo contra Soto; que los amigos de Soto llamados Gordillo y Fornos no eran tan amigos puesto que lo traicionaron; y que ustedes son unos asesinos. ¿A que sí?

—No… No, no, no… ¡No!

—Que sí, hombre, que sí —dijo con fría socarronería la divina espía—. ¿Por qué creen que quise ver los cadáveres? Sabía que Ben Martins y yo ofrecíamos un blanco perfecto, y más a aquella distancia…, y ellos habían fallado absurdamente. Entonces, miré sus espaldas, y vi en cada una de ellas, tres balazos. Tres balazos, metódicos, certeros, en cada espalda. Vamos, Yepes…, ¡eso no se consigue en una pelea en la oscuridad de un jardín! Ellos hicieron su trabajo y en vez de dinero, recibieron tres balazos cada uno. Y ya estaba allí la prueba de que Gervasio Soto había enviado a dos de sus amigos a matar a Ben Martins. ¿Sí o no?

Yepes dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Sí —musitó.

—¿Con qué objeto? ¿Predisponer a Benemérito Martínez contra Gervasio Soto?

—Sí.

—¿Y qué esperaban conseguir con ello?

—Que el señor Martínez falsease la información a la máquina, para que los datos fuesen acumulando todas sus respuestas en contra de Gervasio Soto.

—Pasmoso… ¿El señor Martínez puede hacer eso?

—Don Lope dice que sí.

—Vaya…, Pero para eso habría que contar con que el señor Martínez quisiera hacerlo, ¿no?

—Claro.

—¿Y… quiere hacerlo?

—No lo sé. Es don Lope quien tenía que seguir trabajando al señor Martínez. No sabemos si ha empezado a hacerlo ya. Y de todos modos, el señor Martínez no parece de los que se dejan convencer para hacer esas cosas.

—Algo bueno tenía que haber en todo esto —murmuró Brigitte —. Pero sigamos: de todo lo dicho se desprende que Lope Marías está decididamente de parte de Renato Madrigal, ¿no es así?

—Sí.

—En cuyo caso, se podría pensar que Lope Marías está limpiándole el camino a Madrigal para que sea reelegido… Y una de las maneras de limpiarle el camino, además de intentar sobornar a Benemérito Martínez, podría ser eliminar a los demás candidatos. Por lo tanto, quizá fue Lope Marías quien provocó el *accidente* del general Chávez… ¿No?

—No. Al general Chávez lo asesinaron hombres del vicepresidente Lamata.

—Bueno, es lo mismo… Si Lope Marías está de parte de Renato Madrigal, y Lamata es el vicepresidente de éste, quiere decir que los tres forman un frente común, lógicamente.

—No… El vicepresidente Lamata se había vendido a Gervasio Soto para apoyarle en las elecciones contra Renato Madrigal. Y como Lamata sabía que el general Chávez y Renato Madrigal estaban de acuerdo…

—Un momento —se sorprendió Baby—. Eso no es exacto. Lo que yo tengo entendido es que el general Chávez era antagonista de Renato Madrigal.

—No, no… Lo simulaban, pero en realidad, Chávez habría apoyado en todo momento a Madrigal. Por eso, Lamata lo hizo matar… Un camión esperaba en la carretera, y cuando apareció el coche del general Chávez, embistió contra él en el lugar escogido, tirándolo al barranco.

—Entonces, el asesinato del vicepresidente Lamata ha sido una represalia por la muerte del general Chávez, el cual estaba de parte de Madrigal aunque dijese públicamente lo contrario; mientras que Lamata, que es el vicepresidente, está en realidad de parte del nuevo candidato, Gervasio Soto, y en contra de Madrigal.

—Sí.

—¡Santo Dios! —Brigitte se sentó sobre la hierba, demudado el rostro—. ¡Pero todo esto forma el cubo de basura más grande que he conocido en mi vida! Todos están mintiendo, todos están traicionando a todos… ¡Es una auténtica porquería! ¿Quién se encargó del asesinato del vicepresidente Lamata? ¿Ustedes dos?

—No, no… Nosotros no hemos intervenido en eso.

—Pero ha sido cosa del bando de ustedes, ¿no?, del bando que forman Lope Marías y Renato Madrigal.

—Don Lope se encargó de eso.

—¿Personalmente? —respingó Brigitte.

—No sabemos tanto. Era el encargado de ocasionar la muerte de Lamata, pero no sabemos si lo hizo él en persona o envió a alguno de nuestros compañeros.

—Entiendo que, cuando menos, ha dirigido el asesinato.

—Sí… Sí.

Baby movió la cabeza, y se quedó mirando hacia el mar. Hacia algo limpio, inmutable. Se sentía deprimida, profundamente asqueada. Por un instante, tuvo el impulso de marcharse, de regresar a casa y dejar que toda aquella gente se las arreglase como quisiera o pudiera en todo el sucísimo asunto. Pero, de pronto, recordó la breve conversación con el airado conserje del hotel: todos querían lo mismo, esto es, llenarse los bolsillos a costa de quien fuese. Ya sólo quedaban dos hombres del grupo que había comenzado a luchar por la presidencia de Unión Liberta: Madrigal y

Soto. Y ambos estaban acusados de tantas cosas feas que cabía pensar que por lo menos la mitad debían ser ciertas. Es decir, que fuese cual fuere el que ganase, el país seguiría siendo explotado brutalmente para beneficio del triunfador y de sus secuaces.

¿Y si ella, la agente Baby, se encargase de asesinar personalmente a los dos candidatos? Podía hacerlo: sabía que si se proponía asesinarlos, nadie la detendría. Pero…, ¿quién quedaría entonces con ciertas posibilidades de conseguir el mando del país?: Pues quedaría un pastor llamado Aurelio… ¡Qué barbaridad!

«Podría plantearle el problema a la computadora de Ben —pensó con cierto sarcasmo—: me gustaría saber qué podría responder ese artefacto a un problema como éste».

Se puso en pie, y guardó el cepillo para el cabello en el maletín, mientras preguntaba:

—¿Dónde vive Lope Marías? Su domicilio particular.

—En un pequeño chalet, cerca de la playa… En el barrio llamado Hondonada, Avenida de Porfirio Esteban, número 612.

—Está bien.

—Podemos llevarla allá si nos suelta. Nosotros…

—Ustedes no me van a llevar a ninguna parte. Se van a quedar aquí, hasta que alguien encuentre sus cadáveres.

Los dos asesinos volvieron a palidecer.

¿Nuestros… cadáveres? Pe… pero, no… no estamos muertos…

—¡Oh, sí! —dijo suavemente Baby, apuntándoles con su pistolita —. Sí lo están.

Capítulo VII

—¿Me está esperando? —palideció Lope Marías.

—Sí, señor —dijo la única sirvienta que atendía la casa del jefe del servicio secreto de Unión Liberta—. Dijo que no tenía modo de localizarle fuera de casa, y me pidió que le permitiese esperarlo aquí, aunque yo le dije que usted siempre volvía muy tarde. Es muy bonita, señor.

—Sí —susurró Marías—. Es muy bonita.

—Está en su despacho, esperando hace más de una hora.

—Está bien… Gracias, Chelo. Voy a allá ahora mismo.

—¿Preparo cena para dos?

—No sé… Te lo diré luego.

Se dirigió hacia su despacho, puso la mano en el nomo de la puerta, y quedó inmóvil, pensativo, preocupado. Realmente muy preocupado. Tanto, que acabó por sacar la pistola, pasársela a la mano izquierda, y esconder ésta a la espalda. Luego, empujó la puerta y entró en el despacho, tenso, alerta la mirada…

Brigitte Montfort, sentada en un sillón, con un libro en las manos, alzó la cabeza, y sonrió.

—¡Ah, señor Marías…! ¡Hola!; ¿qué tal?

—Sorprendido —sonrió él.

—Lo comprendo. Pero le ruego que no se moleste por mi… abuso de confianza.

—De ninguna manera. Puede disponer de todo lo mío, ya se lo dije. Pero…, ¿dónde están Orozco y Yepes?

—¿No los ha visto por ahí fuera? —se sorprendió Brigitte.

—No… No.

—Pues están haciendo su trabajo tan bien que incluso se esconden de usted. Bueno, los dejé en el coche, y les dije que estuviesen dando vueltas, vigilando. Supongo que usted ha llegado precisamente cuando estaban algo lejos de la casa. Ellos le deben

haber visto a usted, pero…, ¿para qué molestarse en decirle nada si saben que yo le estoy esperando?

—Muy lógico. Ha tenido usted suerte, ya que normalmente regreso muy tarde a casa.

—¿Y a qué se debe que hoy haya regresado tan temprano? Ni siquiera son las ocho de la noche.

—Venía a cambiarme de ropa: tengo una pequeña reunión.

—¡Oh! Bueno, no le entretendré demasiado —Brigitte dejó el libro, se puso en pie, y se acercó a Marías—. Sólo quería pedirle un pequeño favor.

—¿Otro? —sonrió él.

—Sí… ¿Estoy abusando?

—No sé. ¿Qué favor es ése?

—Querido amigo —Brigitte puso su manita derecha en el codo izquierdo de Marías—, necesito…

Ya no dijo nada más, de momento. Lo que hizo fue apretar en la articulación del codo de Lope Marías, de tal modo, que éste lanzó un alarido, súbitamente pálido; el dolor fue tan intenso que al mismo tiempo que soltaba la pistola que tenía en aquella mano, caía de rodillas, casi desvanecido… Y en aquella postura, recibió en plena barbilla el rodillazo de Baby, que lo tiró de espaldas espectacularmente.

Brigitte recogió con toda tranquilidad la pistola de Lope Marías, y volvió a sentarse en el sillón, mirando al jefe de espías, que se había puesto de rodillas y sacudía la cabeza. Luego, con ojos desorbitados, se quedó mirando a Baby, que le contemplaba, afable el gesto…, pero atentísima su azul mirada.

—Será mejor que se siente, Lope.

Este se incorporó, y caminó hacia el sillón que Brigitte había señalado con su propia pistola. Había un gesto de dolor en el rostro de Lope Marías, y su brazo izquierdo colgaba flojamente. Se cogió aquella mano con la derecha, y la llevó con gran cuidado hacia su vientre…

—No se preocupe —dijo la divina—, eso no es nada.

—Me…, me ha roto el brazo…

—¡Qué barbaridad! Claro que no, hombre. Solamente he presionado en un punto que los chinos llaman *ts'iou tseré*, y que nosotros podemos definir como el canal vicipital interno, situado en

el pliegue del codo. Al ser golpeado, o adecuadamente presionado, produce un dolor muy fuerte e intenso que obliga a abrir la mano, y, al mismo tiempo, provoca la parálisis temporal del brazo… Pero es poco tiempo. Estoy segura de que ya se encuentra mejor. ¿Verdad que sí, estimado colega?

—Usted es Baby —masculló Marías, empezando ya a mover, en efecto, el brazo.

—Por supuesto. Y usted es una persona de gran intuición. ¿Cómo se le ocurrió?

—No sé. Es americana, periodista que sin duda viaja por todo el mundo, es muy hermosa, inteligente, cerebral, segura de sí misma…, y Orozco me dijo que después del tiroteo en el jardín de Benemérito Martínez usted no parecía asustada en absoluto.

—¡Zambomba!, como diría un amigo mío…, ¡eso es pensar, querido Lope! Dígame: ¿me ha… vendido ya a los rusos?

—Sí.

—Espléndido.

Lope Marías quedó atónito.

—¿Le parece espléndido que la haya vendido a los rusos? —exclamó, incrédulo—. ¿Le parece espléndido que les haya dicho que la agente Baby está aquí, que se llama Brigitte Montfort, que…?

—Calma, calma… Lo que me parece espléndido es que usted haya dicho que sí me ha vendido, porque eso significa que *no* me ha vendido todavía. Quizá quería estar más seguro…, o quizá pensaba venderme a los chinos en lugar de a los rusos; tengo entendido que los chinos, al cambio, pagan un poco más que los rusos. En fin, sea como fuere, usted todavía no me ha delatado a los rusos.

—Le he dicho que sí.

—Bueno. Pero su *sí* significa realmente *no*. Si verdaderamente me hubiese vendido, usted habría dicho que no, Para evitar mi disgusto hacia usted. Pero como no lo ha hecho, y ha comprendido que su situación es desagradable, me dice que *sí* me ha vendido, para que yo me preocupe, y entonces podamos llegar usted y yo a un acuerdo para que me ayude a escapar, a cambio de ciertas concesiones por mi parte. O sea, que su *sí* para mí ha querido decir *no*. Y por eso yo he dicho: esplendido. Es que prefiero no complicar las cosas con la intervención de los rusos, ¿sabe?

—Es usted demasiado lista para mí, según parece.

—Gracias.

—De todos modos, sus procesos mentales no me parecen muy sensatos, la verdad.

—¡Oh!, es que yo no soy una computadora, Lope. Si a una computadora le dicen que sí, es que sí, y toda su labor se basa en ese sí. No piensa: sólo digiere.

—¿Quiere usted decir que es más lista que una computadora?

—¡Santo cielo, claro que soy infinitamente más lista que ese montón de luces y tornillos…! A ella, ya la habría usted engañado, tanto con su mentira, como con la tenencia de una pistola a su espalda. Puede que mis procesos mentales no sean muy sensatos y dentro de una línea de claro juicio, pero… siempre me han favorecido. No crea —reflexionó—: yo también he pensado en esta peculiaridad mía muchas veces, incluso con sorpresa. En ocasiones, he solucionado problemas complicadísimos solo con ponerme a pensar un rato. Y de ahí he llegado a la conclusión de que, a mi manera, también soy una computadora. Pero, claro, muchísimo mejor, mas admirable, y, sin discusión, infinitamente más bonita que la de Ben Martins… ¿No está de acuerdo?

—¿Por qué no? —sonrió hoscamente Marías—. A partir de ahora la llamaremos la agente Computadora, en lugar de la agente Baby.

—¡Oh, no, Lope!; ¡eso me enfadaría muchísimo! Me encanta que me llamen Baby. ¡Es una palabra tan cariñosa…! Pero, ¿se imagina a mis amigos llamándome Computadora en lugar de Baby? Sería horrible. Sin embargo, soy una computadora…, y usted va a alimentar ahora mis… células electrónicas.

—¿Yo? No comprendo qué puedo…

—De un modo muy sencillo: ¿cree usted, Lope, que hay en Unión Liberta alguna persona honrada?

—Supongo que sí.

—¿La conoce usted? ¿Podría decirme el nombre de la persona más honrada de Unión Liberta?

—Podría…, si quisiera.

—¿Y no quiere?

—Dígame para qué.

—Pues… Bueno, es que, si usted no me dice ese nombre, yo le voy a matar, Lope. De veras. Elija: o antes de un minuto tengo ese

nombre escrito en un papel, con su dirección y número de teléfono, o lo mato.

Lope Marías se quedó mirando fijamente los más bellos ojos azules del mundo. Por fin, tragó saliva, fue a su mesa, tomó un papel y un bolígrafo, y estuvo escribiendo unos segundos. Cuando se volvió a mirar a Brigitte, ésta no le dio tiempo de hablar.

—Vuelva a sentarse en el sillón —ordenó secamente—. Y no se mueva ni para rascarse.

Ella fue a la mesa, se sentó ante ella, de frente a Lope Marías, y dejó la pistola de éste al alcance de su mano derecha. Con la izquierda, tomó el papel, lo leyó, y luego acercó el teléfono que había en una esquina de la mesa. Sin perder de vista a Marías nada más que el brevísimo momento de marcar cada número, Baby efectuó la llamada. Unos segundos después, la atendían.

—¿…?

—¿Vive aquí el señor Cirilo Úbeda? —preguntó la espía.

—¡Ah, es usted mismo! Estupendo. Mire, señor Úbeda, voy a hacerle una oferta: ¿le gustaría ser el próximo presidente de su país?

—¿…?

—Le aseguro que no estoy loca. Señor Úbeda, por favor, escúcheme: ¿tiene usted algunos amigos honrados?

—…

—Estupendo. Reúnanse ustedes donde quieran, yo iré allá, y les diré lo que vamos a hacer. Si les gusta, bien, si no les gusta…, Dios tenga piedad de su patria.

—¿…?

—Puede llamarme Margarita. Mire, voy a estar esperando media hora en este teléfono: CC-38 45 —recitó mirando el disco—. Sólo media hora, señor Úbeda.

Colgó, miró al estupefacto Lope Marías, y volvió a sentarse en el sillón, junto al cual había dejado su maletín. Encendió un cigarrillo, y preguntó:

—¿Mató usted a Rosendo Lamata, Lope?

—¿Esta loca? —palideció Marías—. ¿Cómo había de matar yo al vicep…?

—Orozco y Yepes están muertos —cortó ella, fríamente. Yo los he matado, antes de venir aquí. Y me dijeron todo lo que sabían.

—Entonces, ya sabe usted tanto como yo. ¿Por qué pregunta nada, en tal caso?

—¿Lo mató o no?

—Sí —gruñó Marías—. Tuve la gran satisfacción de hacerlo personalmente. Creo que fue la mayor sorpresa de su vida… Y la última. Era un cerdo traidor.

—¿Usted no?

—Yo sirvo a Renato Madrigal en cuerpo y alma. Es mi presidente, y a él debo servirle. ¿Eso es ser traidor? Teníamos pensado prescindir de Lamata y poner a Chávez en su lugar, porque Chávez era más leal al presidente. Pero Lamata debió comprender algo, y se apresuro a ordenar el asesinato de Chávez. Yo he asesinado anoche a Lamata, sí… ¿Soy traidor? Decídalo usted misma.

Brigitte parpadeó.

—Usted está dispuesto a todo por Renato Madrigal, Lope. ¿Es así?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Lo considera digno del cargo, quizá? ¿Quizá todo lo que se dice de Renato Madrigal es falso?

—No. Todo es cierto… También es cierto lo que se dice de Gervasio Soto. Ambos, y otros muchos, son unos cerdos. Pero alguien tiene que gobernar, y el que ocupe el lugar de Madrigal no será mejor. ¿Por qué cambiar, entonces?

—Eso es como tener una úlcera infecciosa en una mano y conformarse con ella, Lope.

—¿Qué otra cosa haría usted?

—Cortaría la mano.

—¿Y qué ganaría? Se quedaría manca, eso sería todo.

—Sí… Pero estaría sana, y a lo mejor podría vivir muchos años felizmente. Podría…

El teléfono sonó, y Brigitte, sorprendida, miro su relojito. No hacía ni cinco minutos que había llamado a Cirilo Úbeda…

—Conteste, Lope. Y cuidado con lo que dice.

Le apuntó ostensiblemente con su pistola. Lope atendió la llamada, y la miró cada vez más sombrío.

—Preguntan por Margarita.

—Vuelva a su sillón —mientras Lope lo hacía ella fue al teléfono

—. ¿Sí? ¿Diga?

—¿…?

—Sí, señor Úbeda, soy yo. ¿Tiene su respuesta?

—…

—Espléndido. En su casa dentro de media hora… ¿Cómo dice?

—Sí, por supuesto, tengo su dirección. Hasta ahora, señor Úbeda —colgó, y señaló con la pistola hacia la puerta del despacho—. Usted y yo, Lope, vamos a ir al domicilio del señor Úbeda ahora mismo.

—No tengo nada que hablar con Úbeda.

—Ya lo creo que sí. Usted vendrá, explicará todo lo que está pasando, la corrupción de Madrigal, la de Soto… Todo, Lope. Quiero que esas personas honradas sepan con toda certeza la verdad, y que se atrevan, por fin, a intervenir…, sin esperar a que una estúpida computadora se ponga en marcha. Camine…, o nunca más podrá volver a caminar. ¿Me entiende?

Lope Marías lo entendía perfectamente, así que se dirigió hacia la puerta, la abrió, y salió del despacho, con Brigitte tras él, apuntándole con la pistola…, que tiró entre unos arbustos del pequeño jardín una vez en el exterior. Sacó la suya, perfectamente manejable sin que sobresaliese de su mano apenas, y cruzó el jardín siempre detrás de Marías, que se orientaba ya hacia el coche, que había dejado delante de la casa…

Un hombre apareció de pronto, y se acercó a Lope Marías.

—Marías —dijo—, voy a ir con usted en su coche. Vamos a subir los tres: usted, su amiguita yanqui y yo iremos adonde yo diga.

—¿Y por qué no adonde diga yo, señor? —dijo Brigitte, colocando su pistolita ante las narices del desconocido.

Este se sorprendió un instante, pero acabó sonriendo.

—Usted sabrá lo que se trae con Marías, señorita. Pero es mejor que hagan lo que les digo: hay dos coches a muy poca distancia de nosotros, y en cada coche, cuatro hombres armados con metralletas y rifles de gran precisión. Nos están apuntando, así que será mejor que obedezcan.

—Si disparan sus amigos, también lo matarán a usted.

—Ese riesgo ya fue calculado, y me tocó a mí realizar esta parte del trabajo. Bien, ¿qué deciden?

Brigitte había visto ya, a las últimas luces del atardecer, los dos

coches, y, ciertamente, vislumbró dentro el brillo de varias armas. Aquel hombre podía morir…, es decir era seguro que moriría, pues ella le mataría a él antes que nada si decidía luchar. Pero… ¿cuándo había luchado ella en condiciones tales que supiese con toda seguridad que la iban a matar?

—No soy ninguna loca —aseguró—, haremos lo que usted dice.

—Usted vendrá en el asiento de atrás conmigo, y Marías va a conducir.

El hombre estaba pálido, aunque menos que Marías, que preguntó:

—¿Adónde vamos?

—Yo lo iré diciendo por el camino. No perdamos más tiempo.

Segundos después, el coche de Marías partía de allí, llevando detrás otros dos coches llenos de hombres muy bien armados.

Capítulo VIII

Cuando el coche se detuvo, era ya noche cerrada, y, al ser parado el motor, Brigitte oyó en seguida el rumor del mar. Miró por la ventanilla, pero sólo vio estrellas. Detrás llegaron los otros dos coches, también fueron parados sus motores, y de nuevo se oyó el rumor del mar. Algunas voces se mezclaron con este rumor tan grato para la divina espía. Luego, fueron encendidas luces, y entonces pudo ver alrededor del coche a varios hombres. Detrás de ellos, a la derecha, las ventanas iluminadas.

Se oyó un silbido en una de las ventanas, y el hombre que estaba a su lado, murmuró:

—Vamos a la casa.

No hizo advertencia alguna, porque era innecesario molestarse en ello. Marías no tenía pistola, y a Brigitte le había quitado él la diminuta arma silenciosa de la espía…

—Lucas —dijo el hombre—, encárgate de llevarlos al cuarto que tenemos preparado. Yo voy a telefonear, a ver qué tenemos que hacer con la mujer.

Una vez dentro de la casa fueron llevados a un cuarto de la planta baja, donde esperaba otro hombre. A un lado había una mesa llena de cartulinas, frascos de tinta, tampones… Un foco de intensa luz caía sobre todo esto.

Y no había nada más allí.

Brigitte se acercó más al cada vez más sombrío Marías.

—¿Quiénes son? —murmuró—. ¿Los conoce, Lope?

—No. Pero…

—¡Cállense! —les ordenaron.

Permanecieron todos silenciosos, hasta que llegó al cuarto el hombre que había ido a telefonear. No parecía en absoluto satisfecho, y, por cómo miró a Brigitte, ésta comprendió que era debido a ella.

—¿Se puede saber qué demonios pinta usted junto a Lope Marías? —masculló el hombre.

—Fui a pedirle un favor.

—¿Un favor? ¿Qué favor?

Bueno, el señor Marías ha sido muy amable conmigo en todo momento desde que llegué a Ciudad Cabero, y puesto que la prensa está teniendo dificultades para conseguir pormenores respecto al asesinato del vicepresidente Lamata, yo pensé que el señor Marías seria… amable una vez más.

—Ya. Pero usted llevaba una pistola…

—¡Oh, la llevo siempre, señor! Y como la actitud de usted no me gustó, pues…

—¡Maldita sea mi estampa! —masculló el hombre—. Está bien, póngase en ese rincón y no se mueva. Berto, no le quites ojo de encima. Y usted, Marías: siéntese a esa mesa.

Brigitte fue al rincón, y quedó bajo la sonriente vigilancia del llamado Berto. Marías ocupó la única silla, ante la mesa inundada de luz; y Brigitte comprendió que, por el momento, Marías no pensaba revelar la personalidad de ella, porque aún no sabía a qué atenerse y quizá en un momento dado ella pudiese ayudarle. Pero, ciertamente, si veía que delatándola podía salvarse él, lo haría. Sólo se trataba de saber qué querían aquellos hombres…

—Observe esas tarjetas de identidad de su servicio, Marías —dijo el que llevaba la voz cantante—. Alguien las sacó de las oficinas, y aquí las hemos preparado adecuadamente para que, tan sólo con que usted las firme, se conviertan en auténticas. Ahora, va a firmar usted seis de esas tarjetas. Y hágalo bien.

—¿Qué pretenden ustedes? —susurró Marías.

—Seis de nosotros vamos a pasar a formar parte de su servicio secreto…, pero sin obedecer órdenes suyas, claro.

—No pienso firmar ni una sola de estas tarjetas, a menos que me digan qué pretenden hacer con ellas.

—Utilizarlas para llegar hasta el presidente Madrigal.

—¿Con qué objeto? —palideció una vez más Lope Marías.

—Firme, Marías. No se complique la vida.

—Lo quieren asesinar —jadeó él—. ¡Quieren llegar hasta él para asesinarlo! ¡Nunca firmaré…!

El culatín de la metralleta le dio en plena boca, y el ferocísimo

impacto derribó con la silla a Lope Marías, cuya boca parecía ahora un horrible agujero rojo. Intentó incorporarse, pero un pie calzado con sólida bota se apoyó rudamente en su pecho.

—Marías: llevamos toda la tarde detrás de usted, esperando este momento. El momento ha llegado, lo tenemos aquí…, y usted va a hacer lo que nosotros le ordenemos. ¿De acuerdo?

—¡No! —escupió sangre Lope Marías.

El pie fue retirado de su pecho, retrocedió… y salió disparado hacia su hígado… Lope Marías lanzó un aullido y se encogió, se crispó, se arrugó, se convirtió en una bola, ahora con el ensangrentado rostro pegado al suelo…

—Ponedlo en pie.

Dos de los hombres lo tomaron por los brazos, y lo pusieron en pie. Tuvieron que sostenerlo, porque las piernas de Marías se doblaban; la cabeza caía sobre el pecho, pero el director del grupo asió sus cabellos, y la alzó de un tirón.

—Marías: no nos obligue a destrozarlo. Se lo juro, lo vamos a hacer si no firma esas tarjetas… Lo vamos a hacer pedazos, y los colgaremos en un farol de la Plaza Nacional. ¿Me está oyendo?

—Nnnoooo… no fir… maré… nada…

—¿No? Imbécil, pobre imbécil… ¿Es por fidelidad a Madrigal? Muy bien, pues se lo voy a decir: Renato Madrigal ha ordenado ya su muerte, ya no lo necesita.

—¡Mentira!

—¡No es mentira, estúpido! ¡Usted ya ha hecho todo lo que podía hacer, ahora sabe demasiado, y hay tres hombres que lo están buscando por Ciudad Cabero en estos momentos…! ¿Quiere que le diga sus nombres?: ¡son Sarmiento, Poncela y Luján! ¡Y no me diga que no los conoce!

—Es mentira, es mentira…

—¡Es la verdad! Renato Madrigal ha ordenado la muerte de Gervasio Soto sin recurrir a usted, porque sabe demasiado. Ha recurrido a otras personas, pero esas personas se han pasado al bando de Gervasio Soto, se lo han dicho, y Soto quiere devolverle el *encargo* a Madrigal… ¿Lo entiende? ¿Lo entiende, imbécil? Haga usted lo que haga, Madrigal va a morir, de un modo u otro… ¡Y él le ha traicionado, al fin! ¡Ya no lo necesita! Firme esas tarjetas… ¡Fírmelas, o lo voy a descuartizar yo mismo!

—No lo ha hecho —jadeó Marías—. Renato no ha hecho eso…

—¡Luján! —llamó el otro.

Un nuevo personaje apareció en escena. Entró en el cuarto, y se plantó delante de Marías, que lo miraba con expresión desorbitada.

—¡Luján! —casi gritó—. Dime que no es verdad, dime…

—Es verdad, don Lope —aseguró Luján—, Poncela, Sarmiento y yo teníamos órdenes de matarle.

—No, no, no…

—Se lo juro, don Lope. Usted ya sabe que nosotros siempre le hemos querido bien. No sabíamos qué hacer, y como sabíamos también que el señor Madrigal quería matar a Gervasio Soto, nos asustamos, de verdad… El presidente parece haberse vuelto loco… ¡Yo creo que está loco, don Lope!

—Puerco… ¡Puerco, puerco, puerco! ¡Voy a firmar! ¡Voy a firmar ahora mismo esas tarjetas!

Lo llevaron a la silla de nuevo, y quedó jadeante sobre las cartulinas, desencajado el rostro lleno de sangre. La mano le temblaba tanto al coger la pluma, que tuvo que esperar no menos de medio minuto antes de poder estampar su firma del modo habitual.

Y entonces se volvió, sonriendo, estirando su ensangrentada boca en un gesto de regocijo por la venganza que disfrutaba anticipadamente.

—Ya está. ¡Y ojalá lo destrocen a bal…!

Plop, plop, plop, plop, plop…, disparó Luján su pistola contra Lope Marías, a menos de un metro de pie ante él estirando el brazo.

Brigitte Montfort vio el gesto de estupor en el rostro de Lope Marías. Y cerró los ojos. No quería verlo no quería ver nada, ni oír nada…

Pero oyó:

—Estupendo, Luján. Vuelve a lo tuyo. Vosotros, recoged esas tarjetas y terminad el trabajo.

No quería oír nada, pero oía. Oía respiraciones de hombres, ruidos de pies, susurros… No tenía miedo en absoluto. Sólo se sentía tan estremecida de asco que hubiese querido ser sorda y ciega. Tenía mal gusto de boca, y le parecía que su estómago se había encogido, se había convertido en una bola fría…

También oyó el ruido de la puerta al cerrarse, pero no se movió,

no abrió los ojos, no se interesó por nada. No es que se negase a ver la realidad, debido al miedo: era que no quería saber más, porque sentía auténticas ganas de vomitar.

No supo cuánto tiempo había transcurrido cuando, por fin, suspiró profundamente, y abrió los ojos.

Allá estaba Lope Marías, tendido en el suelo, de cara al techo, desorbitados los ojos. Desvió la mirada hacia la puerta, y recordó que la había oído al ser cerrada. Sorprendente: ¿acaso no pensaban asesinarla también a ella? ¡Cuánta bondad…!

Se acercó a la puerta, mirando la cerradura especulativamente. No parecía muy fuerte, de modo que, a menos que fuera hubiese algún hombre de vigilancia, podría encontrar el medio de forzarla… Aplicó el oído a la madera, y escuchó. No se oía nada… El silencio era completo.

Puso la mano en el pomo, y lo movió, para probar, para calibrar la fortaleza de la cerradura…, y el pomo cedió. Tiró suavemente, y la puerta se abrió.

La primera reacción de la agente Baby fue de incredulidad. En seguida, entornó los ojos con desconfianza. ¿Qué querían? ¿Que saliese de allí para acribillarla?

«Es absurdo —pensó—. Si quieren matarme no tienen por qué perder el tiempo en tonterías».

Salió al pasillo. El resto de la casa estaba a oscuras. De nuevo incrédula, Brigitte fue recorriendo el pasillo, a tientas. Recordaba bien la distribución de la casa…, lo recordaba todo. Y segundos después, salía de la casa, cuya puerta también había encontrado abierta.

—No lo entiendo…

Delante de la casa estaba el coche de Lope Marías, en el que habían llegado allí. Se acercó, y comprobó que no había nadie allí… Lo que sí había en el coche, en el asiento de atrás, era su maletín. A cada instante más estupefacta, la espía internacional entró en el coche: también estaban las llaves. Sólo tenía que poner el motor en marcha y alejarse de allí… De nuevo su ceño se frunció. Salió del coche, alzó el capó, y examinó el emplazamiento del motor. No. No había explosivo alguno allí, ni truco de ninguna clase.

Regresó ante el volante, movió la llave, y el motor se puso en marcha.

Pero Baby no se alejó inmediatamente de allí. Quedó pensativa, inmóvil…, cada vez más sombría, mientras su cerebro, su computadora especial y personalísima comenzaba a manejar todos los datos de que disponía para encontrar una respuesta a tan sorprendentes acontecimientos.

Finalmente, tras un par de minutos de reflexión, la computadora que Baby tenía en su cabecita le dio la respuesta exacta.

Siempre sucedía así.

Capítulo IX

El teléfono sonó, y Gervasio Soto se precipitó hacia él.

—Diga —exclamó.

—Sí. Soy yo. Adelante, Macario.

—Sí… Bien… ¡Excelente!

—¿…?

—No, no, no… Eso ha sido todo. Salid del país, id al lugar que convinimos, y no volváis hasta que yo os avise. Eso es todo.

Colgó el auricular, y se volvió, sonriente, satisfechísimo, hacia Benemérito Martínez, que, sentado en un sillón del saloncito de la villa que habían puesto a su disposición en Barrio Alto le contemplaba atentamente.

—¿Lo han hecho? —preguntó.

—Sí… ¡Lo han conseguido, con la trampa de las tarjetas del servicio secreto! El presidente Renato Madrigal, ha sido asesinado.

—Bien —sonrió Ben Martins—. Sólo quedas tú. ¿Estás seguro de que haces bien en marcharte del país precisamente ahora?

—Es lo mejor —Gervasio Soto apuró la copa de licor que había estado bebiendo—. En primer lugar, marchándome evito muchos riesgos, pues cualquiera sabe cuántos planes tendría en marcha Madrigal para que me matasen. Y, en segundo lugar, todo está previsto: los guerrilleros han aceptado mis condiciones.

—Quizá te hagan una mala jugada —reflexionó Martins.

—No. No podrían, aunque quisieran… Respetarán el trato. Muerto Madrigal, ellos tomarán el poder, esta misma noche, y seguirán con el proceso contra Madrigal y contra mí, a fin de desacreditarnos a los dos definitivamente. Esto es lo que parecerá, al menos, pero como ya te he dicho, los guerrilleros están de mi parte. A cambio de algunas concesiones digamos que me… reservarán el asiento presidencial hasta mi vuelta dentro de cinco o seis semanas.

—O sea, hasta que yo termine con el trabajo en la computadora, falseando todos los datos a tu favor y en contra de Renato Madrigal, de tal modo que el proceso te será absolutamente favorable. Una vez emitido este veredicto, los guerrilleros te llamarán, te aclamarán, y convencerán al pueblo. Entonces, sólo tienes que regresar, y ser elegido presidente… Feliz final.

—Ha sido todo muy duro —murmuró Gervasio Soto, pero ha valido la pena. ¿Estás seguro de que podrás manejar esa máquina de modo que nadie sospeche nada cuando todos los datos que vaya proporcionando acusen a Madrigal y no a mí?

—Algunas pequeñas cosas saldrán contra ti —sonrió Ben Martins —. Lo contrario sería sospechoso, Pero no te preocupes por esa cuestión: sé cómo manejar cualquier computadora.

—Bien… Parece que todo ha terminado.

—No te olvides de mí cuando estés en el reino de los cielos —rió Benemérito Martínez.

—Tranquilo —rió también Soto—. Aquí se ha jugado de pillo a pillo, y nosotros hemos ganado. Ten por seguro que no me olvidaré de ti; tendrás todo lo que me pidas. Has sabido ponerte de parte del ganador, y tendrás tu ración de riquezas… En pocos años, el país nos habrá convertido en multimillonarios… en dólares claro.

Benemérito Martínez quedó reflexivo.

—Quizá eso la haga cambiar de opinión…

—¿A qué te refieres?

—A la periodista americana: me voy a casar con ella. A menos que tus hombres…

—No le han hecho nada. Cuando me pasaron aquí la llamada que Macario me hizo a casa, tú mismo escuchaste mis instrucciones, después que te dije que con Marías estaba esa periodista. Me pediste que diese orden ce que la respetasen, y así lo han hecho… Ya lo verás. En realidad, su presencia ha sido un contratiempo, pero espero que tú lo soluciones, tal como me has prometido. Esa mujer debía haber muerto también, porque sabe todo lo que…

—Yo arreglaré eso, Gervasio.

—No sé… Insisto en que debería estar muerta, pero no he querido indisponerme contigo. En compensación, espero que, en efecto, lo arregles todo con ella.

—Si la hubieses matado —murmuró Martins—, te aseguro que

ya no te habría ayudado con la computadora.

—Entonces…, ¿realmente estás enamorado de ella?

—Sí. Le pedí que se casase conmigo, pero… no obtuve una respuesta concreta. Pero, como te digo, cuando le diga que voy a tener millones de dólares, seguramente aceptará. Y eso significará que jamás dirá nada de todo esto.

—Está bien. Ya sabes adonde avisarme cuando termine el proceso, si es que siguen adelante con él. ¡Adiós, Benemérito! —le tendió la mano, sonriente—. ¡Hemos triunfado!

Benemérito Martínez también sonrió y abrió la boca, pero no llegó a decir nada, porque otra persona se le adelantó. La voz sonó en la doble puerta abierta de la terraza.

—Eso será con el permiso de mi computadora, señores.

Con un respingo, los dos hombres se volvieron hacia la terraza. Gervasio Soto quedó desconcertado un instante, mientras Ben Martins exclamaba:

—¡Brigitte!

—¡Hola, Ben! ¿Qué tal, señor Soto? ¡Ah!; no mire a mi espalda: los dos hombres que le esperaban a usted en el helicóptero están durmiendo. Y seguirán así todavía durante cuarenta y ocho horas. O sea, que no podrá usted marcharse de Unión Liberta.

Soto se volvió hacia Martínez, lívido.

—¡Te dije…!

—Espera, espera —jadeó Benemérito—. Yo arreglaré esto con Brigitte, Gervasio.

—¡Pues hazlo pronto, porque si no, nadie va a salvarla esta vez! —gritó Soto, sacando una pistola.

—¡Guarda eso! —palideció aún más Benemérito—. ¡Yo lo arreglaré por las buenas con Brigitte, y no…!

—Temo que te equivocas, Ben —negó Brigitte, fríamente—. Lo he escuchado todo, pues hace rato que estoy aquí, y creo que no voy a dejarme convencer. Y te diré por qué. En primer lugar, Unión Liberta, como cualquier país, merece un gobernante mejor que Soto, y que todos los que ha tenido hasta ahora. En segundo lugar, jamás me casaría contigo, porque amo a un hombre que tú jamás podrías igualar en nada; eres una basura asquerosa a su lado. Y, en tercer lugar, si se trata de dinero, tengo la satisfacción de comunicarte que, en distintas cuentas y países, tengo más de cien millones de

dólares. Así pues, no puede haber ningún trato entre tú y yo.

—No…, no estás hablando en serio…

—¿No? Vaya, eres divertido, Ben Martins. ¿Por qué no se lo preguntas a tu computadora? Verías cómo su respuesta sería en el sentido de que estoy hablando perfectamente en serio. Pero eso no hace falta preguntárselo a la computadora, ya se ve bien claro. Para ser sincera contigo, me resultabas simpático, me parecías un buen muchacho… Pero puse mi propia computadora a trabajar con unas preguntas: ¿por qué no me han matado a mí, que sé lo que traman, que los he visto y los conozco, que los he visto asesinar a Lope Marías…? Eso era extraordinario, ¿verdad? Por fin, mi computadora dio la respuesta, la única posible: alguien les había ordenado cuando llamaron por teléfono que no mataran a la periodista americana. Y ahí va la última pregunta para mi computadora; ¿quién puede ser esa persona que corre tantos riesgos permitiéndome seguir viva después de haber visto y oído tantas cosas? ¿Quién puede ser esa persona en toda Unión Liberta? Única respuesta: Benemérito Martínez. Y resulta que cuando vengo aquí a aclarar las cosas contigo, dejando que los hombres de Gervasio Soto asesinen a Renato Madrigal, que dicho sea de paso se lo ha merecido sobradamente, te encuentro con el último candidato; el señor Soto, y no necesito hacer preguntas para enterarme de todo. Benemérito, voy a decirte una cosa: ¿por qué no introduces en tu computadora todos los datos que tenemos respecto a mentiras, traiciones, sobornos, asesinatos, fraudes…? ¡Hazlo, y verás cómo la pobrecita máquina hace pum!, y salta convertida en un montón de tornillos. No podría soportar tanta porquería, estoy segura. En cambio, aquí me tienes a mí, hablando con vosotros a pesar del asco que me dais… ¿No soy yo mejor computadora que tu computadora, Benemérito? ¿Verdad que usted está de acuerdo conmigo, señor Soto?

—La voy a matar —gruñó Gervasio Soto—. ¡Maldita sea su estampa, la…!

—¡No! —gritó Ben Martins.

¡Bang!, sonó el disparo, seco, cuando ya la espía internacional, agilísima, había desaparecido de un salto hacia el jardín. Pero la bala no fue desperdiciada: Benemérito Martínez, que se había colocado rápidamente entre Soto y Brigitte, la recibió en el vientre,

y lanzó un aullido, mientras sus ojos, desorbitados, quedaban fijos en Gervasio Soto que lo empujó y volvió a apuntar hacia donde había estado Brigitte…

Lanzó un chillido cuando vio a tres hombres allá, en lugar de la periodista americana. Y eso fue todo lo pudo hacer: gritar…, mientras los tres hombres disparaban contra él, fríamente y sin alterarse, pero lívidos los rostros. La pistola de Soto cayó al suelo antes que este, que parecía un muñeco recibiendo pequeños golpes de viento…, que al final lo derribaron.

—Brigitte —gemía Martins, en el suelo—. Bri… gitte.

La divina espía reapareció en el saloncito, y se acercó a Benemérito. Le miró los ojos, y comprendió que estaba ante un hombre cuya vida duraría menos que la llamita de una cerilla.

—Brigitte, te… te… amo…

—No es cierto —dijo ella, implacable—. Las personas como tú no aman a nadie, no pueden amar a los demás. Di mejor que quieres tenerme para tu propia satisfacción, no por amor a mí. Tú, y todos vosotros, los que habéis organizado este proceso, no podéis amar, no tenéis sentimientos más que para vosotros mismos. Los demás no son nada: sólo están en el mundo para serviros de goce, de felicidad, de descanso… No por amor a ellos, sino por amor a vosotros mismos. Nadie es bueno… Ni siquiera tú. Hasta tú has caído, Ben Martins. Has caído en el cubo de la basura, en…

—Está muerto —dijo Cirilo Úbeda, junto a Brigitte—. No se moleste en darle ahora lecciones de moral y de humanidad, señorita Montfort. Ya no las necesita.

—¿Y ustedes, señor Úbeda? ¿Necesitan ustedes lecciones de humanidad y de moral? ¿O serán iguales que ellos?

—No —palideció Úbeda—. Cuando vino a buscarnos a mi casa ya le dije…

—¡Oh, sí…! Me dijo que Unión Liberta iba a entrar en una nueva era. Lo veremos. Vayan a ver a los guerrilleros, convénzanlos de que dejen las armas, formen un gobierno adecuado… De acuerdo. Les deseo la mayor suerte, prosperidad y felicidad del mundo, señor Úbeda. Pero… si vuelven a suceder estas cosas, no cuenten conmigo, arréglenselas como puedan, mueran o vivan como animales…, ¡hagan lo que quieran, pero no cuenten conmigo!

—Le…, le juro que…, que, gracias a usted, mi…, mi país va a…

—No me jure nada. No me digan nada más ninguno de ustedes. Les he ayudado, parece que he puesto Unión Liberta en buenas manos, y me alegro… Adelante, triunfen. A cambio de todo ello sólo voy a pedir una cosa: olvídenme.

Este es el final

—¿Se ha olvidado de mí? —oyó a su espalda.

La divina espía se volvió, y alzó las cejas, en un gesto amable, casi sonriente.

—Por supuesto que no, señor Kovi… Kunve…

—Andrei Kuznezov —rió el ruso de los cabellos rubios y los ojos azules—. Me parece que no le resulta fácil retener los nombres rusos.

—Soy una calamidad para esas cosas —admitió Brigitte Montfort—, pero de verdad que recuerdo muy bien su rostro.

—Algo es algo. ¿Se va usted del país?

—Sí, sí. Ya no tengo nada que hacer aquí, puesto que he escrito todo lo que se podía escribir sobre lo sucedido, y espero que mi jefe me estará esperando en el aeropuerto de Nueva York para felicitarme.

—No me cabe la menor duda —asintió el ruso—: el prestigio periodístico de Brigitte Montfort es conocido incluso en Rusia.

—¡Eureka! —exclamó Brigitte—. ¡Ahora sí que he alcanzado la fama mundial!

—Es usted encantadora —rió Kuznezov.

—Usted también es muy agradable, señor Kina… Koze… Perdone, pero… Bueno, es muy agradable, se llame como se llame. ¡Oh, se me ocurre algo!: ¡no me diga que ha venido al aeropuerto para despedirme!

—No, no… Ha sido una casualidad. Yo también regreso a casa…, sano y salvo. Ni siquiera he trabajado, esta vez.

—¿De veras? Pero la computadora…

—¡Ah, la computadora…! Bueno, ese grupo de señores que han tomado las riendas del país nos la han devuelto, con sus más expresivas gracias. Dicen que no piensan seguir adelante con un proceso tan triste, tan lamentable… contra unos muertos. Así que la

computadora será cargada mañana en un barco, y yo regreso en avión.

—¿Vía Miami?

—No: Vía Río de Janeiro.

—¡Le envidio!

—¿De veras? Pues yo preferiría viajar con usted.

—¿Conmigo? ¡Oh, no…! Se aburriría usted, se lo aseguro. Lo pasaría mejor con su computadora. ¿No le parecen curiosos esos artefactos? ¡Lo saben todo!

FIN